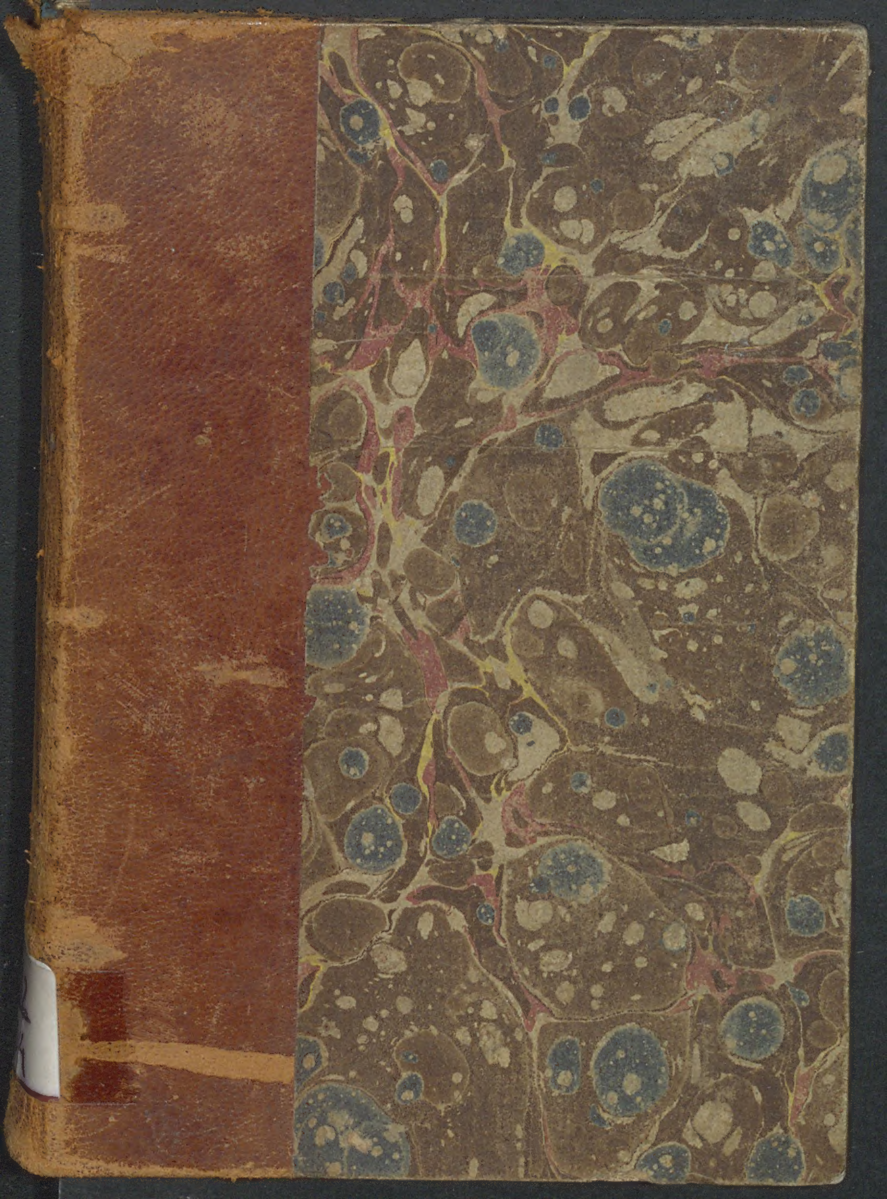






El [illegible]

del

[illegible]

[illegible] [illegible] [illegible]

y

[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible]

[illegible]

por

1824

El Cirujano de Marina

Historia contemporanea

y

Odio á bordo

Novela maritima

Copiadas en 1844.

El Cirujano de Marina
Historia Contemporanea

1

Era una noche oscura y fria como todas las de Diciembre en Bretaña. Brest dormia largo tiempo hacia y no se oia en su puerto de una legua sino el choque de los inmensos cables que amarraban los buques, los ruidos de las olas que se estrellaban contra las murallas y los cadenciosos pasos de los centinelas.

En la lontananza a la orilla izquierda, el baño era el unico edificio que aparecia alumbrado en medio de las masas negras que le rodean. Unas de las salas brillaban sin embargo con menos viveza y se perdian en la noche.

era la enfermeria de los presidarios, un joven, que vestia el uniforme de los cirujanos de marina, estaba arrimado, apoyada la frente contra las barras de la reja, y abismado en una triste meditacion. Despues de haber permanecido largo tiempo en la misma posicion, fijó los ojos en un papel escrito, que tenia en la mano, como si hubiese deseado hallar en el reunidos sus pensamientos, y se puso á leer en voz baja.

„De que sirve la vida cuando no hay felicidad, y como conseguirla sin las riquezas. Las riquezas! he aquí el único pensamiento y en cuanto á los medios de conseguirlas, solo son malos los que se emplean sin resultado. Federico al punto! y todo emana de ahi. Cometida una bajeza y llegado á rico,

y esta esperanza solo durará un dia, y el resto de nuestra existencia dedicada á contarla: cometeré un crimen, y serio: el crimen es mayor cuando no se puede justificar: y en cuanto á los remordimientos, pues que ecsisten, causan tormentos acaso que la miseria? Cual de los dos causa mas desvelos, el deseo no satisfecho ó el arrepentimiento? En todo caso, no tengo pruebas de los desvelos que resultan una conciencia criminal, y lo estoy de los que produce la indigencia. La lógica pues me manda hacer cuanto alcance para cesar de ser pobre..........

....

El pobre no vive: vivir es disfrutar de su albedrio libremente, y el pobre no lo tiene. En efecto, ¿qué libertad tiene, sino la de padecer de hambre? Yo tengo 27 años, deseo los placeres, alegria, y mas mi-

viéndome manejando moribundos, ó viviendo en un entrepuentes de cinco piés ó en la sala de un hospital, oyendo á todas horas lamentos y blasfemias. ¿Porqué he de sufrir esta existencia, y qué crímenes he cometido yo para merecerla? ¡Y á pesar de todo he de soportarla! ¡Oh! y aun cuando quisiera trocarla por eso que los hombres llaman crímen, ¿cómo hallar la ocasion? Los crímenes provechosos son raros y es menester un favor especial del cielo para dar con ellos. La probidad de las tres cuartas partes de los hombres procede solo de la dificultad de ser criminales."

Al llegar á esta frase, el jóven se detuvo cual si hubiese querido penetrar toda su inmensidad. Tirando el papel con un gesto afirmativo, despues, apoyando la cabeza en una de sus manos, ca-

yó nuevamente con profunda meditacion.

Para el que hubiese penetrado entonces en su pensamiento, hubiera este presentado un espectaculo singular viendo el despecho de este espiritu orgulloso, lleno de indignacion por su impotencia en hacer provechoso en favor suyo el mal, y pidiendo cuenta á Dios por las dificultades con que habia rodeado el crimen. Sin embargo, ahondando mas detenidamente hubiera sido facil descubrir en tan contradictorias ideas mas delirio que corrupcion.

Su inmoralidad, pues, no provenia del vicio, era mas bien la sed terrible de amores y de ambicion, dolencias comunes en los jovenes en la edad de las pasiones fogosas y febriles.

Eduardo Saumay era en efecto
uno de esos hombres que no quie-
ren aceptar su lugar en el mun-
do, sino el ageno; y que comenzó
considerando la fortuna, el tiem-
po que debieron pasar en esperar-
la. Puesto en semejante condi-
cion, debia Saumay resignarse
ó á ser pobre ó á trabajar para
no serlo: no queriendo aceptar
ninguno de los dos partidos pre-
firió mostrar su indignacion
contra las desigualdades sociales que
hubiera deseado dirigir en prove-
cho suyo. Colocado así fren-
te á frente de los demas en el
punto de vista de la envidia,
todo se le presentó bajo un colo-
rido exagerado, y su talento se
perdió en medio de sofismas
despreciables y vergonzosos. Absor-
to por otra parte por la sed
de goces, á este único objeto se

dirijieron todas sus acciones. El sentimiento del deber mismo se confundió en esta universidad, porque habia llegado á creer buenos todos los medios que condujesen al suceso. Mas aunque hubiese obrado de cualquier manera, el mal residia en su vista hasta el punto de formarse ya un sistema; se habia familiarizado con el vicio en sus razonamientos, y no estaba iniciado en el por la práctica, aunque su voluntad fuese debil; sus temores luchaban siempre; solo hubiese necesitado un punto de direccion en esta imaginacion turbulenta, un sentimiento de dulzura en aquel corazon vacio para encaminar su impetuoso instinto. El alma de Launay era como un navio que espera el viento para desplegar sus velas, tan dispuesto al viaje en bien

recta como en direccion tortuosa. Situacion peligrosa á que llegan la mayor parte de los hombres en quienes el dominio del espiritu sobre su materia no se halla oportunamente bien establecido, y que siempre excitados por los estimulos de la sensualidad, se ven precisados á efectuar á cada paso una revolucion contra el deber mismo.

Largo rato habia trascurrido desde que Lasmay estaba entregado á las reflexiones que dejamos indicadas, cuando un enfermero vino á sacarle de ellas comunicandole que el numero siete habia muerto. El joven cirujano abandonó la ventana sin violencia por su parte. Dirijiose, por en medio de las dos filas de camas, al numero que le habia sido indicado, por

que en un hospital, un enfermo no tiene nombre; la única cosa que se conoce, y á quien se visite es al lecho; el hombre que le ocupa es solamente un accesorio pasagero que cambia con la muerte.

Llegando al número siete, Launay levantó la sábana que, segun costumbre, cubria la cara del muerto, y le contempló con la mayor curiosidad. Todas sus preocupaciones habian hecho lugar sin duda alguna, á una especie de interes científico: el instinto del médico se descubrió en él á la vista del cadáver.

Pasó ligeramente la mano sobre las protuberancias del cráneo, estudió un instante los músculos del rostro, despues como si hubiese resuelto súbitamente verificar ciertas observaciones ó aclarar dudas, mandó trasportar el cadáver

al anfiteatro.

El muerto debia ofrecer, en efecto, un notable curso de estudios para un discípulo de Gall ó Lavater. Convicto de robos á mano armada y condenado á una prision perpetua, Pedro Cramon habia vivido 20 años en el baño, ocupado únicamente en la idea de huir. Sus tentativas de evasion, muchas veces felices, pero que no habian logrado sustraerle por largo tiempo á las pesquisas, ascendian á 60, y otras tantas le habian conducido bajo el palo del carcelero. Estos crueles castigos habian anticipado su vejez, sin hacerle renunciar por eso nunca á sus proyectos: cualquiera hubiera creido que sus deseos de libertad se aumentaban con la imposibilidad de satisfacerlos: la idea de evasion fué

para Cronan una especie de incorregible manía. Hubo, pues, que recurrir á los medios extremos: el forzado se vió sujeto á un banco, cargado con 30 libras de hierro, y privado de salir en adelante. Este último remedio le quitó finalmente todas esperanzas; pareció renunciar á huir, pero cayó gravemente enfermo.

Ocho dias hacia que se hallaba en la enfermería en el momento que comienza nuestra historia.

El guardia entró con las angarillas y el muerto fue trasportado á la sala de diseccion.

El anfiteatro del baño, que rara vez se usaba, era aun mas terrible que por lo comun lo son esta clase de sitios. Véanse dispersos aquí y allí miembros medio roidos por las ratas; pedazos de carne podrida pendian á lo largo de la mesa

de mármol, y los lazos ensangrentados de sangre casi negra estaban aun balanceándose. En el fondo, un esqueleto incompleto, pendiente de una ventana, que estaba abierta, y oscilaba á merced del viento de la noche, dejando oir un ruido desapacible y estremecedor. Por muy habituado que estuviese Lucena á la vista de semejantes objetos, la hora desacostumbrada en que él se hallaba allí, el frio húmedo del anfiteatro y la fantástica incertidumbre que la noche arroja sobre todo, causaron en su alma una completa revolucion. Apresuróse á preparar sus instrumentos, se acercó á la mesa y descubrió el cadáver del forzado. Estaba enteramente desnudo: su cuerpo extenuado y contraido, parecia pertenecer á un viejo, pero de trecho en trecho algunos músculos pronunciados, algunos car-

res mejor conservados, veíanse aún los vestigios de una enérgica insensibilidad; mas estas señales de firmeza [illegible] solo representaban [illegible] mente atenuadas. Los miembros, cubiertos de cicatrices del potro del verdugo, estaban en general tan macerados, que parecían compuestos de mil tiras de carne groseramente unidas unas a otras. La argolla de hierro sujetaba aún la pierna derecha, marcando su extensión una profunda señal. Después de haber contemplado un instante los restos de un hombre que tanto había sufrido durante su vida por quebrantar la cadena cuyo final parecía todavía de su cadáver, Lamay acercó la lámpara y tomó de su escondite. Pero en el instante en que agarraba el brazo del muerto, sintió que este le oponía resistencia. Lleno

de sorpresa y casi de espanto, incli-
nó el cuerpo y llevó la lámpara
hasta la cabeza del cadáver: sus me-
jillas temblaron ligeramente; se a-
parecieron arrugas... abrió los ojos
de repente. Launay dió un paso
atrás sobrecogido de miedo. Entonces
el cadáver se incorporó lentamente;
se sentó y miró en derredor suyo con
inquietud. El joven cirujano esta-
ba mudo é inmóvil; ignorando qué
partido tomar, cuando vió que Pe-
dro Chasnor se bajó con ligereza de
la mesa dirigiéndose hacia la ven-
tana. Este movimiento fué un rayo
de luz. Más de una vez los conde-
nados habían burlado por este
medio la evasion; comprendió
Launay también que le había
juzgado un sentenciado, y por-
ello volviendo en sí de la prime-
ra sorpresa, se lanzó sobre Chasnor,
á quien sujetó por en medio del

cuerpo en el mismo instante, mismo en que iba á ganar la venta-na. El herido hizo esfuerzos por desasirse, pero Launay no le abandonó un instante, y una lucha encarnizada comenzó entre ambos, terminando por la caida de Pedro, que desnudo y debilitado, no podia sostenerla por mucho tiempo.

— Bien ves que no eres el mas fuerte, dijo el bruxeleno apretando la bandilla con que oprimia al forzado, no te salvarás asi fácilmente.

Cramon hizo algunos esfuerzos mas, pero conociendo que eran inútiles, renunció á la resistencia.

— Dejadme escapar, en nombre de Dios! Señor Launay, replicó con voz suplicante, que parecia impregnada en fuego. ¿Vos no estais encargado de mi custodia.

— Lo estoy mientras que te halles

infierno. ¿Nunca oiría de un muerto
que consiente en ayudar a sus muertos?
— Yo lo sabía, y quería matar
para darse ese gusto. ¡Oh! yo os lo suplico,
no permitáis, señor Samoz, de dejarme
sucumbir, dejarme morir, tan cerca
de esto, habiendo ya llegado al umbral
de la puerta. Estaba libre un mo-
mento, dos, un poco fuera del baño,
respirando el aire de fuera. Porque,
desde mi última evasión, no he podido
salir... bien lo sabéis, mi buen
señor Samoz, yo os lo suplico.

— ¡Es imposible!

— ¿El forzado hizo un nuevo esfuer-
zo para huir, pero el carcelero le te-
nía sujeto rigorosamente?

— No te escaparás... Pues bien,
dijo el segundo que se dirigía que es-
taba detrás de mí.

— Yo quiero ser libre; es preciso que
sea libre, exclamó Cesarino. ¡Oh Dios
mío! haber sufrido tanto tiempo

inútilmente, yo que he contado dos veces treinta el deseo de salvarme! yo que he pasado tres días sin comer para estar malo e ir a la enfermería! Y había yo fingido con tal perfección mi muerte, que todos la creíais cierta! Y todo... todo para nada... tocar el término y huirse de entre las manos... ¡Oh! esto es demasiado... ¡demasiado!...

Cárcova golpeaba con toda la rabia su cabeza contra las losas del anfiteatro, que Launay se sintió conmovido al ver aquella desesperación.

—¿Y por qué deseas con tanto ahinco la libertad?

—¿Por qué? ¡ah! vos jamás habréis estado preso! ¡porque quiero ser libre! porque no puedo vivir aquí. Yo quiero volver a mi país antes de morir, calentarme al sol de Marsella! — ¡Pensadlo bien! ¡reflexionadlo! Veinte años hace que no he visto mis olivos.

—Pues tú no estás bastante fuerte ni dispuesto para emprender de nuevo tu antiguo oficio, y tu miseria es del hombre si te dejas llevar.

Chrainon empezó á reir con aire de vanidad.

—Yo soy mas rico que todos vosotros.

—¿Franco?

—Yo.

—¿Pues eres feliz?

Aunque estas palabras hubiesen sido pronunciadas con ironía, el acento del cirujano tenía sin duda alguna cosa extraña que el forzado comprendió bien.

—Escuchad, dijo mas bajo; ¿queréis vos tambien ser rico? Tengo bastante para los dos.

—Tú me crees un imbécil, Chrainon.

—Os repito que puedo hacer vuestra fortuna.

—Algun robo que cometer contigo, no es verdad?

— Bueno, de eso, dinero que recibir: Dejadme huir y partiremos.

— Guardad tus cuentos para otro, dijo Launay, avergonzado de haber dado oidos, aunque á su pesar, á las patrañas de un forzado: vuélvete á la sala y que esto concluya.

Tal decia aquel carcelero insolente, sin soltar por eso las manos de Chacon.

— ¿No quereis creerme? repitió este con desesperacion; por mi vida, señor Launay, que os digo la verdad: ¿qué quereis que haga para persuadiros?

— Enseñadme tu tesoro.

— No lo tengo aquí, bien conoceis que no puedo tenerle; pero dejadme escapar, y os juro ante Dios que tendreis vuestra parte.

— La doy por recibida. Vamos, pillo, vuelve pronto á tu cadena.

Chacon lanzó un gemido. Sin—

bó un instante con la incertidum-
bre terrible [illegible]
[illegible] á Launay.

—Escuchadme, exclamó con acento tan persuasivo que el viejo sintió vacilar su resolución; ¿prometeis dejarme huir si os pruebo que no miento?

—Veamos eso

—¿Me lo prometeis?

—No aventuro mucho, dado por supuesto.

—Jurado ahora.

—Sea; te lo juro.

—Pues bien... la víspera de San Miguel, al norte de la torre de Inglés en el fondo de un agujero a los seis pies de profundidad, enterré doce años hace una caja que contenía 2,00.000 francos en billetes de banco.

—¿Y de donde te provenia esa caja?

—De un extranjero á quien asesiné-

nos aquel día.

—Miserables!

—Cuatrocientos mil francos! repitió el forzado con aire triunfante, bastan para hacer rico a los dos. Si quieres, la mitad de la suma es nuestra.

Launay meneó la cabeza.

—Solo hay una dificultad para creer tu historia, que hace diez años estabas ya en el baño.

—Hace diez años, me hallaba escapado con Martin. Dimos el golpe juntos y ocultamos la caja, temerosos de que nos persiguiesen. La mañana siguiente la policía nos arrestó en Tolón. Después Martin murió en el baño, y por eso soy yo el único poseedor del secreto.

A pesar de los esfuerzos de Launay por afectar indiferencia, era indudable que escuchaba al for-

ció con la mayor atención. Cuan-
do este turbio cúmulo de hablillas, per-
maneció largo rato pensativo, co-
mo si hubiese estado discutiendo consigo
mismo la razon ó el fin de lo que
acababa de oir; pero volviendo repen-
tinamente de este abstraimiento
se avergonzó al encontrar la mi-
rada de Bernon clavada sobre él,
y dijo con afectado acento de des-
precio.

—Buena invencion es esta historie-
ta, pero ya es un argumento muy
gastado: hoy dia ya se cree tan-
to en los tesoros ocultos como en el
vuelo de las brujas. Busca pues
otra historia.

El joven tembló al escuchar
las últimas palabras de Lunay.

—Vos no me creeis

—Creo que eres un diestro truhan
que gusta ejercer su destreza á ex-
pensas de los tontos.

—Señor Launay, Sr. Launay, por piedad, creedme. La caja está en el equipaje del Mayoral: estoy seguro de estar con ella en el momento en que la busque.

—Quiero quitarte ese trabajo.

—Sr. Launay, os daré las dos terceras partes.....

—Basta.....

—Y todas las alhajas, porque también hay alhajas.

—Basta te digo: no eres para ladrones; hablaste;.... Launay lanzó un grito de rabia, y se dejó caer al suelo.

—Oh esa ventura, que me llevo desde aquí... ver otra vez un paso, ¡Ah! no queréis creerme... Sr. Launay... es cierto... no lo dudéis... ¡no queréis creerme! Y no tener la caja aquí; ¡imposible! ¡ahora que yo no miento! Bastarían que diez leguas entre ella y yo, entre el-

brazo y la venganza! Sr. Launay, Sr. Launay.... ya os arrepentireis.... ¡Oh! no quiero decirlo.

El forzado se arrastraba por el suelo, loco de desesperacion. En cuanto á Launay se hallaba en la mayor perplejidad; porque las previsiones de Bramon habian despertado aquel cúmulo de pensamientos funestos que dormian en él. Por una parte se sentia propenso á dar crédito á las palabras del forzado y dispuesto á aceptar sus propuestas, al paso que por la otra, el temor de ser conocido como un ladron y la vergüenza de semejante connivencia, detenian sus abominables deseos. Esta última razon fué la vencedora; y para terminar de una vez con la tentacion, se acercó á Bramon, y asiéndole por el brazo probó á levantarle para llevarle por sí mismo

mo en la sala. Pero al ver la inu-
tilidad de sus esfuerzos, se decidió á
[illegible].

Salió, pues, [illegible] con [illegible], y [illegible] la
de [illegible], de [illegible]
[illegible].

Cuando [illegible] del
[illegible] un tiro al lado
suyo, y cayó en el mismo instan-
te un hombre desnudo y bañado
en sangre, [illegible]
al extremo opuesto de la sala.
Era Ramon, que al verse solo, ha-
cía [illegible] por las
ventanas, y [illegible] el [illegible]
[illegible]. [illegible] llegó
á tiempo de recibirle en sus bra-
zos; pero la bala había atrave-
sado su pecho: estaba muerto.

2

Bordanvilla es una pequeña

cuadro situado al abrigo de la Peña Negra, y cuya dominacion parece haber sido dispuesta de antemano para el punto que quisiese hacer una descripcion del mismo sitio. Rodeado de montes y árboles, el valle se dilata a las raices de las sierras, todo esmaltado de flores, que las aguas torrentes mantienen lozanas, y semejante a una pieza de terciopelo pintado, que se hubiese extendido al sol. Su poca extension aumenta su natural belleza, porque de un solo golpe de vista se abrazan las ilusiones en que abunda el valle y que nos pudiese comunicar. Finalmente, nada falta a este rincon de tierra escondido en el fondo de las montañas, ni la gracia, ni el verdor, ni la frescura y lozania de los prados. Cuadr

quiera decir que Dios se ha gozado en reunir en tan reducido espacio lo que ha derramado tan prodigiosamente en el inmenso territorio. Toda la naturaleza esta alli como una resumen como el perfume destilado las rosas en el oloroso caliz que respira la ultima de las flores.

Pindamonhangaba, como lo indica su nombre, es una ciudad de llanos. Los caminos tortuosos en ella [illegible], de que aun se conservan algunas notables ruinas, que sirven hoy de asiento de reunion a los colonos de segunda orden, que lo pueblan [illegible] riqueza, en tanto los [illegible] de Brasil. Alli se encuentran algunos suizos fumando al lado de sus mujeres que hacen medias, y un grande numero de ancianos, que facilmente son reconocidos por el cuidado con que lleva-

Habia franceses delante de los alemanes y alemanes delante de los franceses.

En el instante en que comenzamos nuestra historia, los heridos alojados en la villa del [illegible], uno de los mejores hoteles de Badenweiller, se hallaban reunidos en un pequeño gabinete de recibo al lado del hotel: [illegible] de [illegible]. Mad. Persoff con su hija. Mad. Persoff, institutriz de Mulhouse, donde había tenido parientes burgo-maestres, como ella misma se complacía en repetir á cada paso, era una de estas honradas mujeres de familia que todas sus palabras, todas sus acciones y todos sus pensamientos tienen un solo objeto y que aun producen [illegible] sus frentes. Joven aun, [illegible] acaeció la muerte de

su esposo, Alarido Parsoff tubo la
rara habilidad de hacer de su
viudez una especie de categoria
social, y sus desgracias así como
sus virtudes llegaron á ser pro-
verbiales del público; por eso cuan-
do sus hijas crecieron, se supo apro-
vechar hábilmente de la protec-
cion que en general se la concedia
y logró establecer ventajosamen-
te las tres primeras, Eufemia cuan-
do llegó su turno á la cuarta, se
la presentaron inesperadas di-
ficultades.

No estaba á su alcance evitar
aquello por que la casa era temi-
da de los jóvenes solteros cual si
fuese la entrada del infierno:
habian visto entrar tres y no sa-
lir ninguno sin matrimonio,
por eso lo miraban con tanto
horror.

Viendo pues Alarid Parsoff el-

dispuesto á que la recomendaban, se decidió á recorrer los bailes, hablando siempre de su abuelo el burgo-maestre: pero ni por esas; — ninguno igual se presentó. En fin convenciendo la imposibilidad de colocar decorosamente á Clemencia en Hartheim, se decidió á buscarla novio en otra parte y la llevó á los baños de Badenweiller, donde se hallaba seis semanas hacia.

Despues de saludar por sus nombres á cuantos allí se hallaban, y de pedir á cada uno en particular noticias de sus reumatismos ó sus parientes, Madame Persof obligó á sentar á su hija, y la conversacion suspensa por efecto de su llegada, volvió á su curso natural.

—En efecto, esclamó una señora alta y gruesa que veis junto

dos amantes: hay algo que me importa más: la conducta de Miss Morpeth. Viene aquí sola con una especie de mayordomo, ó mas bien dicho que parece un mayordomo.

—No es tan extraordinario como vos pensais, replicó otro señor que se preciaba de conocer la Inglaterra, porque su esposo estaba suscrito á la revista Británica; es preciso considerar que Miss Morpeth es inglesa, y las inglesas viajan continuamente, solas ó con sus amantes: está eso admitido.

—Pues inmoralidad! dijo Mad. Pernof.

—¿Y qué sea quien puede ser Mr. Brown que aquí á todas partes la acompaña? Ella dice que es un amigo de su familia, pero un amigo no es tan complacien-

dicho en pro ó en contra alcanzarian; mas bien pueden una cortesía.

— Es demasiado viejo....

— Pues precisamente los viejos buscan esa clase de amusgos: este Mr. Brown será á mi divertido mucho.

— Ven conmigo! exclamó. Mr. Brown. Pero Jorge es una [illegible] da, pues él trabaja una hoja en una [illegible]. Miss. Morquette...

— Jóvenes, interesante es la manera que tiene la sociedad británica; la juzgais con demasiada severidad quizás. La Inglaterra es un país libre, tiene el habeas corpus y los hustings; todo esto influye notablemente sobre las costumbres y es preciso no olvidarse de ellos.

— No hay costumbres que valgan esa inglesa es una coqueta: y sino, ¿no habeis visto la indife-

vencer con que trata á Mr. Lau-
nay, un hombre que podria la-
brar la felicidad de cualquier
señorita bien educada.

—¡Silencio! exclamó otra, aquí viene.

En efecto, Eduardo Launay, apa-
reció al principio del salon de
recreo. Acercose lentamente, salu-
dó, y se sentó sin hablar pala-
bra en un banco solo. Mad. Ber-
cof que despues de tres se habia
vuelto hacia el joven haciendo-
le lado entre ella y su hija, le
decidió á otra clase de invitacion
mas directa; pero Launay rehusó
con la mayor urbanidad el o-
frecimiento. Laurejon se picó de
esta accion.

—¡Ah! exclamó; vuestra presen-
cia aquí, solo, entre nosotros, es
un señalado favor; porque si
no me engaño es la hora de
vuestro diario paseo con Miss

Morpeth. ¿Qué causa ha podido contrariaros hoy vuestras costumbres?

— Miss Morpeth me anunció ayer que no saldría esta mañana.

— Seguro ha cambiado de parecer, dijo la otra dama, pues que vió que salía por de Blount con su inseparable compañero Mr. Burns.

Lorenzo se levantó; comenzaba su paseo completo, llegó bueno y pronto a la puerta del Hotel en una caballería con silla de montar de las que usan para las señoras [illegible]. Al ver a Eduardo, sentiose vivamente afectada, saltó a tierra con extremada ligereza, y entró en la fonda sin esperar a su compañero. Mr. Burns, admirado, miró al criado suyo como buscando solución a aquel suceso, para abrir al joven fran—

cez, que inmóvil y pálido estaba de-
pié á pocos pasos de distancia, com-
prendió todo, y meneando la cabeza
en señal de descontento, iba á tomar
las escaleras de la fonda, cuando Lau-
nay le agarró del brazo.

—Caballero, le dijo con agitacion,
deseo tener una esplicacion con vos.

El rostro del inglés se animó de
tal suerte, como si hubiese esperado
largo tiempo esta entrevista.

—Estoy á vuestras órdenes contestó.

Tomaron ambos el camino del
parque. Despues de haber anda-
do unos cien pasos, Launay se vol-
vió, y viendo que estaban solos.

—Caballero, esclamó deteniendose,
sin duda sabreis que motivo me trae
á vuestro lado?

—Creo conocerlo.

—Vos no podeis ignorar mi amor
por Miss Morpeth; ni la esperanza
que he debido concebir un instan-

se de ver realizados mis deseos.

Sin conocer los derechos que os podeis tener á su confianza, amigo mio Lumory, sé que Miss os respeta, os mira como su consejero. Por eso á vos solo pediré cuenta de su conducta. Yo la he preguntado, la turbacion y las lágrimas apenas la han dejado contestar, mezclando vuestro nombre á no sé qué espresiones incomprensibles para mí. ¿Tendreis la bondad de esplicarme por qué se ha obrado tan repentino cambio en ella desde vuestra llegada aquí? ¿por qué Miss Fanny evita mi encuentro, y en fin para citar un hecho por qué despues de haberme indicado que no saldria esta mañana, ha mudado de dictamen en favor vuestro?

— Muchas cosas me preguntais á la vez, caballero, respondió friamente Mr. Burns. En cuanto á

el paso que acabo de dar con Miss Morgeth, tuve necesidad de hablarla á solas, y por eso me prometió ayer que me acompañaria á Blois.

—¿Luego ella os amenazaba?

—Decid mas bien, caballero, que ha querido castigar una especie de represalia con una inocente mentira. Ya os he dicho despues de la reserva que tuve desde mi llegada aquí, pero si reflexionais un instante, conocereis que antes de decidir en la eleccion de que depende su vida, debe al menos conocer lo que puede temer ó esperar de este paso.

—Yo no acierto á comprenderos, respondió Launay ruborizandose; pero si se trata de detalles acerca de mi ó de mi posicion, estoy pronto á darlos.

—Ya os escucho.

—Soy breton y de una familia

Normandía; mi padre murió en Brest siendo capitan de fragata. Huérfano á los quince años de edad, he servido en clase de cirujano en la marina real, carrera que hace diez años he abandonado. En cuanto á mi fortuna... (aquí la voz de Launay tembló) es fácil de averiguar: poseo 200.000 francos en rentas sobre el Estado, y estoy pronto á daros pruebas de ello.

— Todas estas aclaraciones son del mayor interés para Miss Morpeth; pero permitidme deciros, que proviniendo de vos, no son suficientes.

— Caballero, exclamó Launay, esto es un insulto.

— Es prudencia.

— Y además ¿con que título me exigís esos detalles? ¿cuales son vuestros derechos sobre Miss Morpeth? Y vos quien sois?

—Un amigo que vela por su felicidad?

—¿Y yo no puedo deciros á mi vez, viniendo de vos, esa respuesta no es tampoco suficiente?

—Caballero, dijo el inglés con altaneria, sois vos quien habeis venido á mí; yo por mi parte, no he exigido vuestras confianzas ni el que me creais, ni he podido consentir en preguntaros, jamas me he impuesto la obligacion de responderos. Desde el momento que esta posicion respectiva no os agrada, nuestra entrevista carece de objeto.

Al decir estas palabras Mr. Burns saludó á Launay con frialdad y tomó de nuevo el camino de la fonda. En el momento en que entraba en el hotel, Miss Fanny, que habia escuchado á cierta distancia la conversacion

con el joven frances, alargó la cabeza para descubrir el resultado por su rostro, pero esta escena nada de favorable le descubrió, porque juntando las manos ocultaba su cabeza entre ellas. Mr. Burns fijó en ella una mirada llena de dulce compasion y le dijo á media voz:
—Esperad; aun hoy todo podrá arreglarse.

Al verse solo Launay, sintió un impulso de precipitarse tras el inglés para pedirle cuenta de las últimas palabras que le habia dirigido, pero el temor de un rompimiento eterno con Miss Fanny le detuvo. Por otra parte, las espresiones que habian mediado entre ambos no eran de[illegible] de insultantes para que pudiesen motivar un desenlace funesto, porque á decir verdad, el lenguaje del inglés mas bien que insultante fue orgulloso: era pero-

cia á Launay acompañarle.

Desde que Launay se vió con una opulencia repentina, que el vulgo atribuía en general á una herencia inesperada, pero que el lector reconoce sin duda su origen, permitió á Eduardo Launay dejar la marina, procurar distraerse viajando sucesivamente por Italia, Suiza y Alemania.

Al volver de este último viaje, el acaso condujo á Launay á Badenweiler en el momento mismo de la llegada de Miss Harpeth; deslumbrado por la belleza pura y serena de la joven, se aprovechó de la libertad que en igual sitio establecen entre cuantos se reunen á bañarse, para acercarse á ella. El idioma inglés le era bastante familiar para poder dirigirse á Miss Fanny, y esta circunstancia que al principio sirvió de medio de conocimiento, finalizó por aislarlos de la generalidad. Ya-

rodeada de alemanes, á quienes no comprendía; Mrs. Horpatte sintió el mayor placer en oír hablar el idioma de su país. Divertíase en corregir el acento de Eduardo, reíase con los galicismos y le daba largas explicaciones para evitarlos, explicaciones que Launay procuraba olvidar á fin de que su ignorancia reclamase nuevas lecciones.

Consagrada enteramente á la enseñanza, Fanny descubrió francamente su corazón; su expansión, aunque pasajera, la aliviaba de toda inquietud; por que al desempeñar el trabajo de profesora, olvidó Fanny sus recursos de joven para mostrarse á Launay con toda la energía y toda la gracia de su talento.

Estas lecciones se daban comúnmente en francés, y esta circuns-

taria les prestaba un encanto - irresistible. Porque hay en efecto en el acento desconocido que una mu-ger extrangera y bella da á un idio-ma que no es el suyo, un cierto de-licioso timbre de una voz que va-cila, en medio de su lucha con-tinua de unos labios inhabiles para pronunciar, un no se que gra-cia candorosa é infantil, cierta clase de novedad y sencillez que al mismo tiempo que inspira pie-dad conmueve el corazon.

Subyugado por estos atractivos, Sanchez no se separaba un mo-mento al lado de Miss. Morgan, y con el fin de justificar su asidui-dad, propuso el leer nuestros poe-tas y discutir con ella las dificultades del idioma. Pero es-tas explicaciones no se limitaron por mucho tiempo á solo la gra-mática. Descendiendo de las for-

ma del pensamiento, y de esta á sus deducciones, los dos jóvenes penetraron muy luego en la discusion de todas esas tesis de ensueños y teorías que tan peligroso es á dos jóvenes el cuestionar á solas.

Así que sin apercibirse de ello, Eduardo y Fanny pasaron desde las generalidades á las aplicaciones y abandonaron la novela para entrar de lleno en la historia. Un mes fué bastante para todo esto, y cuando Mr. Brown llegó, ya se habian hecho sin rebozo alguno la declaracion de su mutuo amor.

La aparicion de este vino á turbar la tranquila felicidad de ambos. Mis. Thompson se lo habia anunciado á Fanny como un amigo de su familia á quien ella amaba y respetaba

como acompañarse; pero sin dar-
le mayores explicaciones acerca
del parentesco que le unia á él,
pero ese Eduardo sintióse arder en-
celos y envidia cuando descubrió
el dominio que ejercia el recien
venido sobre Fanny y la ternura
que recíprocamente se profesaban.
Así respondió con cierta frial-
dad á los ataques de Burns, quien
por su parte tambien procuró
circunscribirlos en los límites de
una dignidad fria é impasi-
vidad que tanto le chocó. Desde
su cambio de situacion, Fanny
sentia la mayor repugnancia
en hablar de su pasado y las
mas ligeras investigaciones acer-
ca de su persona ó de su vida le
irritaban. Mil veces en medio
de la conversacion mas animada,
un hecho referido, una palabra
dicha al acaso, disipaban de pron-

to su alegria era que evidente pa-
ra el talento observador que habia
en aquella ocasion cuestiones fatales
que era imposible el ocultar, ni
aun por acaso, sin excitar un re-
sentimiento interior y penoso.

Tarbes concebió que las respues-
tas que debió dar a Mr. Burns se-
rian duras para quitarle la accion
de reproducirlas. En efecto desde
aquel momento el ingles se abstu-
bo de toda pregunta; pero como
consecuencia sin duda de la in-
fluencia que secretamente ejercia
en Mis. Margarita, tambien esta
comenzo desde entonces a mostrar-
se menos libre, y menos tierna.
Eduardo inquieto quiso explicarse
con la joven, de quien solo obtu-
vo palabras entrecortadas por
lagrimas. En este estado estaban
las cosas cuando Launay turbó
con Mr. Burns la conversacion

que hemos referido ayer.

Cuando por la noche Launay volvió á ver á Miss Fanny en la sala de reunion, se contentó con saludarla y fue á sentarse al otro extremo de la mesa de labor, al lado de Mme. Percy.

Launay no podia perdonar á Miss Fanny la sumision que habia mostrado á los mandatos de aquel Mr. Burns, á quien tanto detestaba. ¿Cual era entonces la causa de aquella dependencia á que Fanny se resignaba sin violencia? Porque era una sumision harto tímida para ser impuesta solamente por la amistad, harto tierna para serlo por el temor. Habia indudablemente allí un misterio: jamas Eduardo habia acojido ni un solo instante las ultrajantes suposiciones que algunas mugeres hacian-

circular, porque Alexis Alexeyeth le había descubierto tan sinceramente su corazon, que no podia dudar un momento de su sinceridad. ¡Hay purezas tan evidentes, candores tan santos que jamas la duda puede tener cabida en su presencia: entonces se las contempla como el sol, sin que acuda á lo pensamiento la idea de la incertidumbre.

Sin embargo, Mme. Persoff, tan llena de sorpresa como de placer al ver á Launay sentado entre ella y su hijo, no descuidó nada para ostentarse agradable. A este fin le habló sucesivamente de su abuelo el burgomaestre, de las bellezas pintorescas de Suiza, de las costumbres de aquel pais y de cuantas cosas pudo traer á la memoria; y que todas juntas no lograron animar la conversacion.

Para escapar á nuevas tentativas, Eduardo tomó su album y se puso á dibujar. Pero siempre sus ojos y su imaginacion se fijaban involuntariamente en el rincon oscuro en que estaba Miss Morgarth! En fin, lleno de impaciencia por no verla hacer ningun movimiento para aproximarse, Launay arrojó su cuaderno y empezó á pasearse á grandes pasos.

Mme. Perscof, esperando atraerle, cogió el album, y afectó estasiarse á la vista de un pais italiano, y viendo la inutilidad de sus esclamaciones y que Launay continuaba en pasear, dió á su vecina el album, que bien pronto recorrió la sala, llegando por fin á manos de Miss Morgarth. Aunque esta le conoció desde lejos, empezó á hojearle, menos por los dibujos que por el deseo de tener en la vista algun recuerdo de Eduardo. Mr. Burns, que

estaba á su lado y seguia con la vista las hojas, se mostró sorprendido al descubrir un dibujo

—Ah! el Sr. Inglis! exclamó.

Launay, que estaba á pocos pasos, volviendose de repente con un estremecimiento convulsivo.

—Quien os lo ha dicho caballero? preguntó con acento desapacible.

—Tiene el nombre escrito al pie, respondió dulcemente Fanny.

—Pues es un error; no es el Sr. Inglas, yo no he visto nunca el Sr. Inglas.

Tomó entonces su album y mirando el dibujo en cuestion:

—Un ridículo boceto que yo hice en Suiza! añadió desgarrando con furia la hoja.

—Mr. Burns habia seguido todos los movimientos con la mayor admiracion. Cualquiera hubiera dicho que despertaban en el algun recuerdo particular.

Dispuesto estuvo Mons Burnos á hacer algunas preguntas á Launay, pero al punto se arrepintió de este deseo y se retiró pensativo.

Dos dias pasaron sin que acaeciese cambio de ninguna especie en la posicion de los amantes. Eduardo, herido en su orgullo, esperaba una indicacion de Miss Fanny para volver de nuevo á sus antiguos hábitos. La joven por su parte, mostraba tambien deseos de volver á anudar su amistad de otro tiempo, allanando los obstáculos que á pesar suyo se oponian. Era pues claro que un misterio habia venido á interponerse entre los dos amantes para separarlos; porque si un secreto poseido á medias es una especie de eslabon que anuda para siempre dos corazones, poseido separadamente es un muro que el tiempo acrecienta cuando no ba-

taría acabar. La situacion res-
pectiva de Miss. Henriette y de
Launay hubiera continuado de
esta suerte quizá por mucho tiem-
po si un nuevo imprevisto no hu-
biese venido en socorro de ambos.

Una noche que Eduardo vol-
vió de la montaña, rendido de
cansancio, entró en el salon y
se apoyó de brazos en una ven-
tana. La noche empezaba a
caer y las miradas del joven va-
gaban indecisamente sobre las
arboledas de la selva negra dé-
bilmente iluminadas por los
postreros rayos del Sol.

Estaba Launay extasiado de
aquella manera, cuando una voz,
harto conocida para el corazon
de su éxtasis, Volvióse vivamente
y vió al extremo de la sala a Miss
Fanny y Mr. Brown, Estaba la
joven sentada con una partitu-

la mano, que era con la mayor emocion. Lágrimas ardientes arrancó por las inflamadas mejillas, acompañadas de un suspiro que á cada instante se le escapaban. Este espectáculo produjo en Eduardo un efecto inesplicable. Olvidando cuanto habia pasado, precipitóse al lado de Miss Fanny, pronunciando su nombre, pero la mirada de Mr. Burns le contuvo. Fanny, que habia visto su accion, la estimó en cuanto valia, y le alargó la mano. Fanny, loco de amor, estrechó aquella mano ardiente y la cubrió de mil besos; pero despues recordando la presencia de Mr. Burns, se avergonzó é inclinandose con gracioso ademan le dijo:

—Perdon, Miss Margareth, porque al ver vuestra emocion no he-

producido ser dueño de mis ilusio-
nes, temia que alguna cosa po-
co lisonjera os hubiese acontecido.
—¡Oh! no, Eduardo, respondió—
ella con voz suave y cariñosa;
esta carta nada tiene de triste,
llena de alegria.
Y volviendose á Mr. Brown, co-
mo para descubrir en sus ojos
la aprobacion de lo que decia:
—"Es una buena carta, ¿no es ver-
dad, amigo mio?"
—El ingles se inclinó sonriendo:
hubo un momento de silencio, en
que los dos amantes permanecie-
ron frente á frente, confusos y con
los ojos bajos. Su compañero com-
prendió que en semejantes cir-
cunstancias su presencia allí
era una crueldad. Despues de
lanzar sobre ambos una mirada
llena de ternura y de compa-
sion, recojió la carta y salió de

los extranjeros saludando amistosamente a Fanny.

Cuando se encontraron solos, por un movimiento espontaneo, los amantes se alargaron las manos, sentandose Eduardo al lado de la joven.

¡Ah Dios mio! cuanto tiempo hacia que no tenia la dicha de veros asi al lado mio.

—¿Porque no llamabais, Fanny? solo esperaba una indicacion vuestra.

—¿Y podia yo hacerlo? ¡Dios mio!

—¿Quien os lo impedia?

—¡Ah! no me pregunteis, no exijais de mi semejante confesion; dejadme hoy entregarme toda entera a mi alegria, no os basta el verme feliz?

—Si, pero vuestra sonrisa está inundada de lagrimas!

¡Oh! permitidme que no las

enojo que; Eduardo, son lágrimas de dulzura; yo gusto sentirlas sobre mi rostro: quisiera tenerlas siempre así. Temo que mi alegría no desaparezca al secarlas.

—¡Oh! por piedad, me abruman los sentimientos tiernos: comprendo que yo no puedo vivir así.

—¿Y podré yo más que vos?

—¿Por qué no evitar entonces todas esas contrariedades, todos esos enojos que hacen padecer al corazón? Bien sabéis cuanto os amo, Fanny; ¿queréis dejar para siempre vuestras manos en las mías, como ahora las tenéis?

Fanny estaba pálida y temblando, alzó sus ojos llenos de languidez, sobre Eduardo, luego ocultando su rostro en la espalda de Eduardo:

—Bien sabéis cuanto lo quisiera, dijo ella en voz baja.

—¿Viviríais por que nada turbase nuestra felicidad?

—¿Sabéis si acaso soy libre; si las personas que dependen de mí no han concebido proyectos más ambiciosos, a que sería preciso hacerles renunciar?

—¿Es este el obstáculo que nos separa? Vuestra familia noble y rica, sin duda, desprecia esta alianza por demasiado vulgar.

—¡Yo no he dicho eso, Eduardo, tú también debiste no decir nada! En nombre del cielo, no me hagáis hablar, bien comprendeis, que no soy dueña de hacerlo.... ¡Oh! yo os lo suplico, no me lo preguntéis!

—¡Pues bien, sea, dijo Launay con abandono, amémonos sin reflexion, y que el destino haga de nosotros lo que quiera! Pero no me desdeñeis jamás como acabais de hacerlo

—Y lo esperaré con confianza mientras que vos lo queráis, pero vos sois mi esperanza, mi felicidad. Pensando en que estoy triste, y quitaros eternamente de vuestro pensamiento y yo: ¡sed el ángel custodio de mi alma; porque vosotras melancólicas y dulces mujeres solo os faltan alas para ser ángeles. Creedlo en que será así.

—¡Oh! lo creo mas que vos Eduardo, mil veces mas quereis; pero por vuestra parte, me prometeis calma y serenidad.

—¡Todos! prometo tenerla, Fanny, os lo juro.

—Y vos procurareis reconciliaros con Mr Brums? preguntó la joven continuando, es necesario, Eduardo.

—Tambien os lo juro.

—Y yo exclamo, Fanny con mi

movimiento de exaltacion en alegria y en amor rogaré á Dios porque nuestro pensamiento se realice.

Luego la estrechó entre sus brazos, y posando en su frente un beso mezclado de lágrimas:

— Rogaré tambien por mi Fanny, le replicó.

A la mañana siguiente Eduardo bajó al amanecer al valle, porque las explicaciones que habia tenido la víspera con Miss Morpeth habian producido en él una especie de revolucion. Al ver las lágrimas inocentes de Fanny, al oir su voz tan llena de sublime y de amor se habian despertado en él todas las sensaciones de su adolescencia. El mismo se contemplaba tan pequeño en presencia de aquella alma infantil que se sintió avergonzado conociendo su poco mérito.

Los recuerdos producen en nuestras disposiciones morales el mismo efecto que el Apolo en nuestra materia: por nuestra causa se elevan entonces el alma y consigue un puesto distinguido. Jamás Eduardo habia sentido tan vivamente los recuerdos de su pasado: el amor de Fanny despertaba en él mil remordimientos. ¿Sabia ella á quien entregaba su corazon? ¡Ah! ¿por qué... porqué Eduardo no habia conservado el suyo tan puro? Verdad es que en toda existencia, llega un dia, una hora en que las faltas cometidas comparecen ante nosotros: un dia, una hora, en que se comprende que felicidad y deber son dos nombres dados á una misma cosa. ¡Cuantos son entonces los sufrimientos, Fanny podia decirlo, porque su misma felici—

dad: era un inmenso vacío de placeres.

Largo tiempo recorrió Eduardo el valle buscando medio de calmar la agitacion que le consumia: en fin terminado que fue esto así, volvió á los sitios en que Fanny debia esperarle.

Lo largo del camino, las graciosas imágenes que le cercaban por todas partes, y la esperanza de ver pronto á la que amaba, disiparon las nubes de su frente. Con aquella facilidad inherente á las almas sensibles, pocos momentos bastaron á Eduardo para hacerle pasar de la desesperacion á la alegria. Púsose á hacer un ramo lleno de flores silvestres para Fanny, y á cada flor que cogia, un pensamiento de tristeza y amargura se apoderaba de su corazon. De esta suer-

te llegó al hotel [illegible] volver a las [illegible], y recordando a cada momento los felices de sus primeros años.

Al acercarse descubrió delante de la puerta a Mme. Lecof y otras varias señoras que parecían estar en gran conferencia. No queriendo evitar su encuentro, Eduardo aceleró su marcha para pasar rápidamente, pero en el momento en que ponía el pie en el primer escalón Mme. Lecof lo detuvo por el brazo, diciéndole:

— Hablemos de voz, señor Launay.

— ¿Es demasiada bondad, señora?

— Yo contaba nuestra historia...

— No comprendo.....

— ¡Oh! es que yo he hecho mil descubrimientos de vuestra vida pasada, no me lo neguéis.

— Señora, dijo Eduardo turbado, creo sea esto un pasatiempo.

—Eso es un pasatiempo, porque sé que nacisteis en Brest, que fuisteis nombrado cirujano de marina en 1816, y sé también que vuestros compañeros os llamaban el último de los Estuardos—aludiendo a vuestro nombre y a los sueños ambiciosos que alimentabais.... conque estoy mal informada?

—Sí, perfectamente, señora; que deseo saber quien os ha dado tantos detalles.....

—Esperad, no es eso todo: sé además que llegasteis a ser rico de repente, heredando a un tio que nadie conocia.

—Señora, señora, exclamó Launoy,— quiero saber quien os ha dicho eso. Estoy yo aquí bajo la influencia de la Inquisicion? Quien os lo ha dicho, señora? Quiero saberlo, lo exijo!...

Mme Pescoforte quedó asustada.

—¡Dios mio! exclamó ella, no era mi

interesan innumerables; yo no he ten-
ido medios de averiguar tantos de-
talles; pero hay algunos menos in-
teresados que yo en hacerlo. Un
pedazo de carta que he hallado
por acaso, me ha puesto al cor-
riente de cuanto acabo de referir.

—¿Donde está?

—Tomadla.

Y Eduardo reconoció en la carta
la misma letra de la que el dia an-
terior vió en poder de Miss Fanny.

La examinó y conoció que era
una respuesta á preguntas que
antes fueron dirigidas anónima-
mente acerca de su vida anterior.

El descubrimiento de esta carta
le causó una verdadera delicia. La
idea de que su rival, que él habia
conseguido ocultar á todas las mi-
radas, era de esta suerte analiza-
da, y que todos podian fijar en
ella una mirada investigadora,

la [illegible] llena de indignacion. No pu-
diendo ocultar su agitacion, tan ex-
tremada, algunas excusas á Mme Ben-
son, pidiendo la cuenta y entró precipi-
tada en la pieza.

Miss Hooperth, que ya le espera-
ba, tembló al verle; pero Lauzun sin
corresponder á su sonrisa, se acercó
precipitadamente al balcon donde ella se
hallaba.

¡Dios mio! ¿qué teneis Eduardo?
le preguntó con el mayor interés.

Por toda respuesta, él le presen-
tó la carta: Fanny la tomó, se ru-
borizó y bajó los ojos. Lauzun co-
gió violentamente el papel.

—¡Oh, gentes, dijo Eduardo, que
cariñosas hasta el punto de abrir
un corazon como se abre un [illegible],
despues de mil caricias, y cuyo a-
mor no se declara sino con un aten-
tado de buenas costumbres.

—¡Eduardo! gritó Fanny, levantandose

Pero Eduardo no la oyó.

—Estas gentes no conocen que des-
confiar es despreciar; que fueron
por creer al desconocido á quien
hablaban por la primera vez que
al hombre cuya alma entera les
presentaseis; por eso como los pe-
chos es su anillo de obligacion, ne-
cesitan un afecto unido con buena
trapacería. Qué pensais, Miss. Hen-
rietta de esta clase de gentes?

Pero Fanny habia escuchado
sin hablar el menor movimiento,
creciendo su palidez á medida que
hablaba Eduardo. Cuando él ce-
só de hacerlo, poniendo ella dul-
cemente la mano en el brazo
del joven, y con acento indefi-
nible y lleno de dolor comprimido.

—Yo soy de esas gentes, Eduar-
do, bien lo sabeis, porque os amé
cuando apenas conocia vuestro
nombre. Esta carta que escrito

os contestais no viene dirigida a mi; no soy yo quien la ha perdido. Verdad es que la he llorado, pero he llorado de alegria, por que bia vuestro elogio, que tanto para contribuir á calmar nuestros obstáculos: y sino ¿por que tanto tiempo de haberos escrito secretos acerca de nuestra vida, cuando os ninguno habeis reclamado de la mia? Yo os conocia mejor que nadie, ¿por que os amaba tambien mas que nadie? Bien comprendereis ahora que no ha estado en mi mano el evitar las desgracias que tanto os han irritado, y no podeis achacar el sentimiento que tengo en haber sido la causa de vuestros sufrimientos. ¿Pero no me perdonareis esta falta?

Fueron pronunciadas estas palabras con tan angelical dulzura, habia en la mirada, en la voz, en el semblante de Luis, Fanny tan

pensamiento encantaste [illegible],
y por decirlo así, [illegible] que
Eduardo se sintió conmovido al es-
cucharla. ¡Todos sus enojos ante es-
ta sumisión! ¡Y como no verlo? Esta-
ba furioso y pensaba castigarla, y ha-
llaba una niña así humillada que con
una sola palabra le probaba su in-
ocencia y le pedía después perdón.
¿Qué orgullo no se hubiera apagado
ante esta humildad de [illegible]? Así,
pues, Launay, tomando las manos
de Fanny y estrechándolas contra
su pecho:

—Es verdad, Adriana, soy un loco y
un mal ángel: no hagáis caso. Es la
idea de una traición por vuestra
parte, me ha puesto fuera de mí:
me ha dominado por completo:
siempre que [illegible] de
bía pensar solo en él. Siempre
le encontraré en todas partes co-
mo sombra.

—No lo pudisteis en nombre del cie-
lo, Eduardo, no lo pudisteis aun; es-
forzado á conocerlo hoy vos.

—¿Y no queréis, quiera, deberé yo es-
tarle reconocido por el daño que
me ha hecho?

—Felicito, amigo mio

—No os comprendo, Fanny.

—Por eso no os he pedido el que me
comprendais, sino el creerme, re-
plicó ella con irresistible sonrisa.

Eduardo quedó sorprendido.

—Teneis razon, vos siempre teneis ra-
zon, Fanny, solo yo soy un insensa-
to en atormentaros de este modo.
Ahora habreis conocido cuan poco
acostumbrado estoy á la felicidad,
cuando no sé aprovecharme de ella.
Perdonadme. No soy digno de vos.

—Vamos, Eduardo, interrumpió Fan-
ny cubriendo con sus manos los
labios de Eduardo; yo os perdo-
no, pero cuidado!...

Sentáronse los dos amantes uno al lado del otro y empezaron una de esas conversaciones imposibles de describir, mezcla de palabras interrumpidas, de acciones elocuentes, de locuras y de caricias. El amor parecía embellecido, por que el el lado que comunmente presentan esas querellas. Parece que la pasion es entonces cual un niño que ha temido un castigo, y que habiendo logrado su perdon, procura por medio de mil gracias y coqueterias hacer olvidar sus faltas. Fanny y Eduardo se entregaron á todas las puerilidades que tanto agradan en semejantes ocasiones. Recuerdos, sueños, confianzas, constancias y falsias, nada quedó en olvido. Luego fue preciso averiguar cual de los dos era el que mas amaba al otro, eterno debate de los amantes, siempre por

puesto y jamas resuelto.

—Yo amo mas que vos, por que os debo mas, repetia Launay sos-teniendo con las manos de Fanny.

—Yo reconozco otra deuda que la felicidad.

—Yo amo en vos vuestra dulzura, vuestro talento, vuestra belleza; pero vos ¿que podeis amar en mi?

—Yo amo vuestro amor.

—¡Ah! si amadle, Fanny, esclamó Launay, amadle; porque es la unica cosa que estoy cierto de no perder jamas: teneis razon; mi amor es mi encanto, amadle, porque es inmenso, porque es el primero, el unico que he sentido.

—El primero, el unico, repitió Fanny meneando la cabeza, y a pesar de eso vuestra mano lleva una hermosa sortija de alianza.

—¿Este anillo? ¡Ah! no tengais ce-los de él: unicamente os faltaria me-

tros me consideraré una proscrita, y entonces mi infelicidad no podrá causar disgusto ni sombra, como la del proscrito vagando en alas de los vientos cubierta de una nube sombría.

¿Qué decís?

—Nada, madre; ocupémonos sólo del presente; habladme de nuestro cariño, si siempre me amáis, porque nunca me lo habéis dicho.

—Perdonadme, amor mío, Fanny, soy tímida y confusa.

—¡Perdonadme! queréis decir que me amáis un poco ¿no es verdad? y sin embargo, Miss, en vuestra educación demasiado esmerada parecéis [illegible] delante de todos; cuando no estamos solos y yo busco anhelante una mirada vuestra, vos bajáis entonces vuestros divinos ojos como una colegiala en visita, y hacéis de vuestras largas pestañas

mano encima del pupitre la de vuestro primo. Entre nosotros, esto se llama aprecio, amistad; pero en el diccionario querido mio, esto se llama hipocresía!

Fanny hizo un ligero movimiento.

¡Hipocresía, Fanny! repetia Edmundo sonriendo, ¿por que? ¿sino, ó quereis llamar el honor cuando no me quitais la amistad? Vos sereis con Mr. Benny y no conmigo; y le concedeis favores que á mi me negais.

¿Cuales?

—Ah! por ejemplo esto que tengo yo entre las manos, él es quien os la ha regalado; ¿consentiriais en llamar así un obsequio mio?

—¡Que diferencia! ¡Ah!...

Yo no veo ninguna. ¿Porque no me concedeis este placer? Dejadme regalaros uno tambien, Fanny; Creo que os lo ha sabido que al menos quereis establecer una.

dulce agua helada catorce. Mar- Barry y yo.

—Más adelante, respondió Miss dispuesta á ceder.

—Os la enviaré esta tarde, replicó Eduardo.

A poco sintieron ruido: una persona entró en la habitacion. Una hora despues, Launay colocó en un estuche ricamente guarnecido [illegible] que remitió á Fanny con un billete que solo contenia estas palabras.

«Es una joya de familia: pertenecia á mi madre y ella es quien la ofrece á su hija».

Así como Launay lo habia prescrito estas dos lineas quitaron los escrúpulos de la joven, y cuando bajó por la tarde á la reunion y al salon donde los bañistas estaban reunidos, vió á Miss Horpisth suntuosamente adornada de joyas

para poder hablarle; pero observó que le buscaba con la vista: el camafeo estaba bien colocado. Eduardo le dió gracias con una mirada llena de reconocimiento y de amor.

En este momento entró Mr Burns. Despues de haber saludado á todos se acercó á Miss Morpeth; inclinandose á ella para hablarla, sus ojos se encontraron con el camafeo y se detuvo sorprendido.

—¿Qué teneis? preguntó Fanny admirada.

—Nunca os he conocido esta joya; dijo señalando al broche.

Miss Morpeth quedó algo confusa.

—¿Desde cuando es propiedad vuestra?

—Desde hoy solamente.

Mr Burns se acercó mas y la examinó con detenimiento.

—¿Á quien la habeis comprado?

No la he comprado, murmuró la joven sin atreverse á levantar la vista.

Mr Burns hizo un rapido movimiento de sorpresa.

—¿Quien os la ha dado?

Ella no respondió nada.

Mr Burns dejó entrever un gesto de descontento y pareció pronto á dirigirle una reprension, pero conoció que el lugar no era favorable para una esplicacion.

—Volveremos á hablar despues, dijo Mr. Burns, dejad solamente un instante en mi poder este camafeo

Miss Margaretha toda tremula le desprendió y se lo dió.

Mr Burns le consideró largo tiempo con una atencion singular, le volvió de todos lados, examinó los menores detalles con un aire inquieto, pero de

resortes un verdadero, pareció ilumi-
narle; y puso el dedo sobre ciertas es-
pecies imperceptibles y el camafeo
se abrió. No pudo entonces contener
una exclamacion. Fanny observó
todos sus movimientos con una es-
pecie de espanto terrible. El se vol-
vió bruscamente hácia ella.

—¿De donde Mr. Launay tiene Vd. es-
ta joya?

—La he heredado de mi madre.

—¿Os ha dicho el secreto?

—No lo ha dicho.

La frente del ingles se oscure-
ció. Se alejó temiendo, se cerró el
broche, y se puso á pasear en el
fondo de la sala. Sus ojos se separa-
ban alternativamente del cama-
feo sobre Launay, quien colocado
á alguna distancia no había
notado nada. En fin pareció to-
mar una resolucion repentina y
se acercó al círculo de los bañistas.

—En este movimiento, un francés hablaba de la expedición del Eufrates y de los peligros que corrían los exploradores en medio de estas poblaciones salvages.

—Los peligros á que se está expuesto en Europa, no son menos grandes, observó Mr. Brown, y hay pocos viageros que no hayan corrido riesgo de la vida, á lo menos una vez.

—En los caminos de Inglaterra quizás, respondió el francés, descontento de verse interrumpido.

—En Francia, señor, no hace 12 años aunque yo, que os hablo, os hubiera robado.

Las mugeres arrojaron una esclamación de espanto y de curiosidad.

—¿Vos, vos como es esto?

Todas los sillas se acercaron é hicieron circulo al rededor de Mr. Burns.

— Es un suceso muy sencillo, respondió aunque haya tenido para mí consecuencias crueles. Después de haber desembarcado en Brest, recorrí la Bretaña en silla de posta; yo era solo portador de 200.000 francos en buenos billetes de Banco, atravesé por una playa inmensa, llamada playa de San Miguel.

Dumay que había quedado aparte y extrañó el movimiento que se había hecho al rededor de Mr. Burns, se estremeció al nombre que acababa de pronunciar; levantó la cabeza y oyó con atención. El inglés lo había visto todo y continuó:

— Cuando llegamos a este para-
so la noche se hallaba muy
adelantada y la oscuridad era
profunda. La silla de posta
empezaba a rodar sobre las are-
nas humedas, sin que se oyese el
ruido de ellas ni el que hacian
los caballos. Habia alguna
cosa de extraño en este silen-
cio. Yo me sentia arrastrado
como por encanto a traves de
las tinieblas, a mi derecha so-
bre una linea inmensa, unas
formas blancas y movibles que
aparecian y desaparecian alter-
nativamente. Un rumor confu-
so semejante al que hace el vien-
to entre las copas de los arboles,
venia de este lado era el ruido
de las mares. Andabamos así
hacia diez minutos, ocupado del
extraño espectaculo que tenia de-
lante de mis ojos cuando iba

surge poco delante de un peñas-
co elevado en medio de estas inmen-
sas llanuras de arena, como el fenix
egipcio en el desierto.

— ¡El Inglés! exclamó el postillon
señalándome con el látigo el plie-
gue que se presentaba. Este nombre
debia quedar grabado en mi áni-
mo. Apenas habia pasado
el peñasco la silla se detuvo súbi-
tamente. Oí el grito y el ruido
que hace la caida de un hombre
muerto; me lanzé á la portezuela,
pero no tuve tiempo para ver na-
da mas: caí en el carruage, la
cabeza herida y bañado en san-
gre.

Un largo murmullo de hor-
ror contenido acompañó á Mr. Burns.
Esteban dirigió la vista hacia Lorenzo
quien no habia dejado su lugar;
pero su palidez era espantosa.

Mr Burns continuó su histo-

ocias.

—Cuando volví en mí muchos días después, supe que unos pescadores me habían recogido en la playa, que se había hallado mi compañero robado y el pabellón desierto. Estuve tres meses para restablecerme de mis heridas, continuó Mr. Burns.

—¿Y no se pudo descubrir a vuestros asesinos? preguntaron las muchas personas á un tiempo.

—Las muchas pesquisas que se hicieron entonces no tuvieron ningun resultado: yo tenia sin embargo alguna esperanza, pues entre los objetos robados habia unas cajitas que contenian muchas alhajas, entre ellas un camafeo semejante á este que teneis vos.

Mr. Burns enseñó entonces el broche que habia guardado en la mano. Todos se inclina-

[illegible] examinándolo, cuando Fanny arrojó un grito: las miradas de todos se volvieron hácia aquel punto, y hallaron á Eduardo Launay apoyado en el muro y próximo á perder el conocimiento.

—¿Qué tiene? gritaron todos á la vez.

—Mr Burns es el [illegible].

—¿Puedo decirlo?

—¡Padre mio!... exclamó Fanny lanzándose hácia él y extendiendo sus manos suplicantes.

El inglés se detuvo y la recibió en sus brazos con [illegible].

A este grito todos los espectadores se volvieron [illegible]. Launay comprendió su situacion; echó á andar como un espectro, se alejó de todos los que le rodeaban, y [illegible] al paso á Mr Burns que sostenia á la jóven.

—¡Su padre, su padre! repitió con desesperacion: ¡Dios mio! ¡su padre!

Launay acercose con tierno sus-
pirando, llenos de espanto. Abrió
la puerta y desapareció por ella
con pasos precipitados.

Los cuidados que Mr. Burns suministró en los primeros instantes a Miss Morpeth, después acababan de hacer desaparecer sus frenesís y en la nueva volvieron las atenciones de su providencia. Su lejos (por que podemos decirlo dando la estimable) que acababa de calmarse; la había dejado sumamente ... y se presentaba pensativo en la habitación que precedía a la de Fanny, cuando la puerta se abrió dulcemente, y Eduardo Launay entró solo. Mr. Burns estaba lleno de sorpresa y espanto.

El joven se detuvo: tenía tanta humildad su actitud que el inglés quedó asegurado de ella.

Vos no me espantais, señor ladron.
—¿No? dijo Eduardo en voz baja.
—Es verdad, los asesinos tienen mas cuenta que [illegible].
—Yo tambien miro si fuese asesino; pero tengo que desengañaros, señor.
M. B[illegible] miró [illegible] desapercibido.
—¡Oh! no os apresureis á juzgar: lo que voy á deciros me quitará la [illegible] culpa. Por lo demas, señor, la prueba de que no he sido cómplice es fácil comprobar: en la época en que fue cometido el robo me hallaba [illegible] en los mares del Sud: estaba lejos de ser [illegible] de ello.
El iba á pasar la vista sobre el papel que Tommy le presentó.
—Decidme, os ruego, entonces —este caballero preguntó: ¿porque os hallais encadenado [illegible]—

cion. Es evidente que hubiese teni-
do conocimiento determinado, su
vez no habia tomado parte en
ello.

—He tenido conocimiento.

—Vd. habia dado á Miss Fanny,
como una herencia de familia
esta alhaja; ¿es cierto? Fanny
ha aceptado de este acusado?

Fanny se estremeció; una jus-
tificacion que no habia pensado
le seria indicada!... pero tuvo ver-
güenza de este pensamiento.

—No, no, dijo; mi familia fue muy
respetada y aseguraria esto.

¿Qué parte habeis tomado en
el crimen? contestad.

—Que hay aceptado la herencia,
la única mi falta. Escuchadme,
señor; mis instantes son preciosos
y yo no tengo que perder tiempo.

—Mr Rudoy hizo señal de que
le escuchaba. Entonces Fanny,

le contó todo lo que había pasado: la revelación de Pedro Chamorro; su muerte, las pesquisas que había hecho, desde sus indicaciones en el [illegible] hasta su fin y sus sucesos. Cuando hubo acabado esta larga confesion en la que no descuidó ningun detalle, presentó á Mr. Burns un cartapacio y una cajita.

—Vuestros 100.000 francos han sido colocados en el mismo estado continuo; vos hallareis los recibos con un acta de [illegible] que os confiere la propiedad. La cajita encierra el resto de lo que se robó.

Mr. Burns examinó los papeles y la caja. Cuando estubo asegurado que no faltaba nada:

—Señor, dijo á Launay con embarazo, lo que acabais de contarme es tan extraño, esta visita con [illegible] una tan [illegible] que no

se que sentimiento manifestar-
os; y si debo darle gracias ó
reprenderos. Vos habeis cometido
una falta grave.... ¡Ah!
—¡Un crimen, señor," interrumpió
Eduardo, ¡un crimen! ¡Oh! no quie-
ro ocultar la verdad. Desde la con-
fianza que me hizo Cranon he
luchado largo tiempo, pero in-
fruto, con mi conciencia; no pen-
saba uno en el tesoro ocultado. To-
das las noches veia el Inglés en
sueños, veia la cajita y el carta-
pacio. Cuando un gefe con casa-
ca bordada de oro me volvia a pe-
nar mi perdido saludo, cuando
un coche me salpicaba en la calle,
cuando una mujer elegante pa-
saba cerca de mi haciendo ruido de vestido
sin volverse, oia dentro de mi una
voz que gritaba: ¡El Inglés, el In-
glés! Allí está todo: los saludos,
los coches, los amigos, las sonrisas,

de mugeres! Para ser rico me basta,
como en los cuentos de las hadas,
decir: Quiero serlo. Era un nuevo —
Midas, que en tocando el peñasco
hacia correr un arroyo de oro; y pa-
ra esto no era menester mudar ni
perder su nombre; solo si esponer la
sangre de otro que habia robado
el tesoro y tenerlo sin decir nada.
Sucumbí, pero con mi pobreza
perdí mi reposo: una sombra me
seguia á todas partes. A cada —
instante me parecia que una voz
me iba á decir: Vuélveme lo que has
robado. Pero andaba sino con un ve-
neno, resuelto á no sobrevivir á mi
vergüenza si era descubierto. Me
repetia en vano que estos temores
eran infundados, que el propie-
tario de estas riquezas no existia;
pero yo no estaba seguro de que
no existia; ¡tal vez le hubiera bus-
cado para matarle! Pero obstan-

ti: temia miedo como los niños, por la noche, a cada momento y sin saber porque.

Launay se detuvo despues de algunos instantes: parecia experimentar vivos sufrimientos, y llevaba su mano frecuentemente hacia el pecho. Despues de un corto silencio continuó,

— Pero que os importan todos estos detalles, señor? La narracion de mis aventuras no puede interesar á nadie mas que á mi. Perdone, señor, me retiro.

Dió un paso hacia la puerta, pero se detuvo como si hubiera deseado alguna cosa que no se determinaba á pedir.

— No nos volveremos á ver mas, dijo con una voz apagada, y sin levantar los ojos.... El adios que os he dado puede ser considerado como el de un moribundo

da.... Señor.... yo hubiera querido....
había esperado que no sería oido de-
mas solo.... señor.... ¡oh! que ella me
eche una ultima mirada, que la
oiga hablar todavia una vez!

Se detubo y miró á Mr Burni; pero este habia bajado los ojos á su vez.

—Comprendo, dijo Eduardo apenado; no me juzgais digno de este ultimo favor; no tengo derecho para quejarme, no hay entre los que son puros quien pueda exigirla piedad.

Se inclinó profundamente, y se disponia á salir; cuando Fanny apareció de repente. Estaba vestida de blanco sus cabellos estaban esparcidos, y sus ojos centelleaban con el fuego de la fiebre. Viendola Launay no pudo contener un grito, los dos amantes quedaron inmoviles, el uno

al frente el del otro sin hablarse.

Mr Burns corrió á su hija:

—¿Qué buscais aquí? Miss Fanny! volveos, yo quiero que os marcheis, gritó Mr Burns.

—¡Ah! Señor, no me robeis esta visita y última entrevista, dijo Launay con un acento tan dulce que hizo á la joven anegarse en lágrimas.

Launay se inclinó hacia ella.

—Miss Fanny sois bendecida por esas lágrimas, sois bendecida por haber venido; ¡no esperaba veros mas!

—¡Lo he oido todo! dijo Fanny en medio de suspiros.

—Entonces me despreciareis.

Por respuesta Miss Humphith se echó en sus brazos. Launay no esperaba por cierto este lance; quedó un instante como aletargado por la feli-

cidad; pero volviendo algun-
to con su alegría, estrechó á la
joven contra su corazon, cubrien-
do de besos su cabeza y su cara.
Durante algunos minutos no
fueron mas que suspiros, caricias,
nombres repetidos; en fin los dos
amantes parecieron sucumbir
á su emocion; se sentaron y
se pusieron de rodillas en el
suelo estando entrelazados.—
Mr. Burns que hasta enton-
ces habia quedado mudo de
estupor, cogió el brazo de su hi-
ja con violencia y procuró co-
mo arrancarla de los de Eduar-
do, pero Fanny resistió.
—¡Dejadme, padre mio! dijo
con una exaltacion deliran-
te; le he prometido ser suya!...
—Fanny ¿qué haceis? ¡insensata!
¡He prometido ser suya has-
ta la muerte!

—¡Señor! dijo el inglés que temblaba de cólera, por la seguridad de vuestra cabeza, dejadlo á esta joven!

— Escuchadme, padre mio, dijo de repente Fanny echándose á sus pies; abandonadme, dejadme el seguirle. No llenaré de vergüenza vuestro nombre ilustre, porque la sombra que cubre mi nacimiento no me ha permitido mancharle jamas; no causaré vacío en vuestra vida, porque yo no he sido para vos sino un embarazo de pocos momentos. — Yo quiero no molestaros, padre mio. Decid que he muerto hoy: esta ropa blanca es mi mortaja. ¡Adios, padre mio! no soy la hija de un príncipe, pero sí la muger de Eduardo; adios hasta el cielo.

Hablando así Miss Fan-

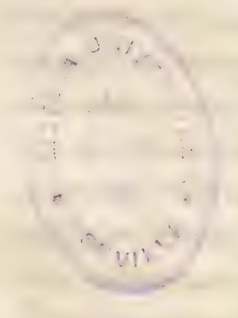
ney, lleno de amor estrechó entre sus brazos á Fanny y ocultó contra su seno su cabeza desordenada. Mr. Brums no pudo soportar por mas tiempo este espectáculo. Arrebatado de su cólera cogió con una mano á Fanny y con la otra amenazó á Eduardo.

—Usad de violencias, señor, dijo este con esfuerzo; no tenais nada, yo no aceptaré el sacrificio de este ángel, no puedo aceptarlo. Ud. ha querido vivir pobre, ¿habeis pensado que me resignaria á vivir pobre y deshonrado? Llegado vuestro hijo, señor; ¡no veis que muero!....

Fanny dió un grito, se inclinó hácia el jóven que titubeaba y la recibió en sus brazos. Entonces, Eduardo sonrió buscó el corazon de la jóven

y depositó allí dulcemente su cabeza helada. Acababa de espirar á impulsos de un veneno

Fin!



Odio de Berio

Novela marítima

1

Conocimiento antiguo

Dispuesta estaba á hacerse á la vela del Brest para la isla de Borbon la corbeta de transporte la Lucrecia mandada por M. de Kerguel, capitan de fragata: solo se esperaba un alferez de navío para completar el estado mayor, porque la viga habia quedado un destino vacante y no era posible emprender una campaña de dos ó tres años sin estar en el número reglamentario: la tripulacion y sobre todo los pasageros se impacientaban cuando llegó

da de una bonita conductora de su nuevo colega.

Julio Remireds, que en aquel momento estaba hablando con Mad. la Riviere, vice-comisario de marina y administrador colonial, con su esposa y su hija Antonina tuvo que sostener una conversacion llena de encantos para él y seguir el ceremonial ordinario se dirijió á la entrada del buque.

Hasta este momento estuvo cuidando su paso, serena su actitud y sus ademanes, porque la dulce voz de Antonina resonaba todavia en sus oidos. Mas de repente verificóse en él una revolucion extraña, palideció, se quedó como petrificado y tuvo que hacer un esfuerzo violento para dirigir un saludo glacial á su colega Mr Emilio Gonzalez, conocido antiguo. Este paso

sin decirle una palabra; pero sus labios diminutos se contrajeron; sus ojos pequeños, verdosos, despidieron un instante.

Acababa de reconocer Julio á un enemigo antiguo, y sintió acrecerse su [illegible] disgusto oyéndole decir á M. de Kergal:

—Mi comandante, acabo de recibir la orden de embarcarme á vuestras órdenes, y desde luego os manifiesto mi satisfaccion por el honor que me cabe en servir con tan acreditado gefe.

Vurgolles entregó al anciano marino el capitan de la Sirena el documento oficial en virtud del cual se presentaba.

—¡Emilio Vurgolles! exclamó M. de Kergal; ¿sois hijo de un capitan de navío retirado?

—Ése es, mi comandante.

—Es mi mejor amigo. Pero los

monumentos tan preciosos, venid hoy á comer conmigo y hablaremos de nuestro señor padre.

Turgeolles dió gracias y ha-bló en seguida algunas conversaciones relativas al servicio.

Media hora despues bogaba á todo tiempo la corbeta llevando á bordo al Julio Renaud. Sus esperanzas todas de ir en tierra estaban destruidas por solo el hecho de la presencia de Turgeolles, y á este seguia su inmediato en el grado de alférez [illegible] de Julio. Si el primer viaje de la Sirena hubiera dejado á este facultad para optar entre la compañia y una orden de desembarque, es dudoso que su amor á Catalina hubiera prevalecido sobre su amor al capitan Turgeolles. Mas ya no habia remedio; el

también fuera del puerto, y comenzaba a embarcar el buque entre el dilatado golfo.

Mientras que los soldados y pasajeros experimentaban los primeros síntomas del mal de mar hubo un vocabulario de marineros sobre la primera cubierta.

— Quién es Ud.? preguntaban hablando de Garibaldi, los huéspedes del castillo de popa.

Guiseppe, reputado como la historiante del personal de marina, se encargó de responder.

— Nada bueno, buenos amigos, dijo, el Cabo de Hierro como le llamaban a bordo de la Victoria, donde estaba buenos puntos hace un año.

— Vaya, vaya! este Garibaldi habrá viajado por todo el mundo, interrumpió admirado. Alonso pasó el agrimensor del Julio Renaud.

— También ha hecho un viaje la-

compañía con ese caballero... no debe haberle gustado mucho topar le aquí, ni á mi tampoco.

— Ah! han tenido algun lance! dijeron los oyentes.

Total que no impidió todo el honor. Mr. Renaud. Sea verdad ó sea mentira, añadió Gaussard, pero no dió mucho que hablar. Vea la cosa. Habia motin en Rio Janeiro, se habia revelado la guardia alemana y rogado el Emperador al almirante que le prestase franceses para poner las cosas en paz. Hasta aquí todo va bien. A nuestro bordo, Cara de Hoisso era capitan de la compañia de desembarco: le llamaba el comandante, y no se le veia, porque segun parece se estaba vistiendo. Sobre este particular hubo buenas historias. Pues señor Renaud era el teniente

te de la compañía, y el comandan-
te, encolerizado, le mandó tomar
el mando y justo con el libro que
á la verdad no hizo mucha fal-
ta. Disparamos algunos tiros, des-
pues de los cuales mandó alto el
fuego! nuestro teniente, y se va solo,
hablé en alemán, al encuentro de los
rebeldes. Tuvieron al principio co-
sas de bayonetazos y nosotros
preparábamos las armas; pero el
mas sereno que yo estoy ahora, nos
mandó descansar y consiguió que
los alemanes le escucharan. Les di-
jo que no tenían sentido común
y tan al alma les habló que to-
do se compuso como por encanto.
El emperador quedó tan satisfecho
que rogó al almirante le enviase
á Francia con una nota interce-
diendo para que el Rey le nom-
brase teniente de navío en re-
compensa. Esto no quita que su-

que mande alférez, porque a lo que parece, no llena las condiciones prescritas por la ley. Cara de Hierro se empeñó tanto que consiguió a los motines de la tripulación, que me quitara tres noches de calabozo. Busco una disputa a D. Remando: pero al otro dia salió la Esperanza para Brest, y D. Remando volvió con el Hal- a Francia. Desde entonces, es la primera vez que se encuentran.

—Vamos, dijeron los marineros: pues es una dicha servir con una persona semejante.

—Nos hemos dado a la vela el 13: no tardó bien ello, prosiguió gravemente maese Gaviota, un cuarto que se cayó un gato negro al agua.

Para los que no desdeñan las supersticiones del castillo de proa, tales palabras son har-

te significativas e hicieron bas-
tante efecto sobre los interlocu-
tores. El embarque de Fargeolles
fue considerado como una cala-
midad, y menos de un valiente
marino que hubiera arrostrado
sin pestañear el fuego de una
escuadra, se dirigió á su puerto
con temor y desaliento. Era im-
posible emprender una larga
travesía bajo mas tristes auspi-
cios.

Entre tanto, á causa de la in-
timidad que existiera en otro
tiempo entre el comandante de
Kergalé y el padre de Emilio
Fargeolles, no tardó este en ser el
oficial privilegiado. Esforzóse Ju-
lio por vivir en buena armonía
con él, pero una multitud de
quisquillas intestinas, reanima-
ron pronto su sobradamente
justo resentimiento. Hasta

trasparentaba á los ojos de los pasajeros pero se observaba que los dos alferezes no se hablaban mas que como no fuera el puro asunto del servicio. Asi transcurrieron las seis primeras semanas de la travesia. Al ir á pasar la tierra la linea equinoccial y una noche oscura y fresca seria á un calor sofocante, espesas nubes escondian las estrellas, reinaba una calma completa. Estabamos en la popa la mayor parte para respirar un aire mas puro. Mad. Bezières, sentada en la toldilla conversaba con un oficial que habia sabido granjearse su benevolencia: á su lado Antonina no tomaba parte alguna en la conversacion y Mr. de la Bezières, metido en un grupo de ociosos, disertaba, segun costum

bres, sobre algun punto de ad-
ministracion ó de cultivo colo-
nial.

Sabia Julio á través de las per-
sianas, tuvo la blanca vesti-
dura de las doncellas, y se acer-
có hácia ellas en seguida,
pero se quedó clavado como si
mediara entre ambos un obs-
táculo invencible.

Brinycolles estaba de servicio y
hubiera debido no ocuparse mas
que de su obligacion: con esta cir-
cunstancia contaba Julio para
disfrutar uno de tantos dul-
ces momentos como disfrutara
en la primera temporada del
viaje. Pero era absoluta la cal-
ma: no habia maniobra algu-
na que mandar, y mad. de la
Rivières estaba sentada cerca
del oficial de guardia.

La criolla, dueña este celosa-

riente, son mugeres adorables; su indolencia está rebosando gracia; su genio es vivo, y picante. No podeis imaginar, señora, cuantos encantos tiene para mí su conversacion, amable alrar que sentimental; me paseo a la decidida por las colonias. Solo bajo aquel clima embalsamado puede adquirir la muger la perfeccion que no alcanza nunca antes del medio dia de la vida.

Despues de esta maravillosa tirada, mientras Fangeolles tomaba aliento. Mme. de la Riviere creyó deber invitarle á moderar su elocuencia.

— Puede oiros mi hija, le dijo, hablad mas quedo.

— Es una niña, repuso el oficial; á su edad no se sabe comprender el idioma misterioso del corazon.

Mal recibido por la palo-
ma mayor que le conocia de
larga fecha, se desquitaba Far-
geolles prodigando sus frases
ampulosas á los pasageros, pe-
ro habia desagradado gene-
ralmente y solo á Mad. de la
Riziere le parecia apreciable.
Cuando le comparaba con Julio,
siempre llevaba este la peor
parte; porque en efecto, que
pensar de un hombre que á
los treinta y seis años cumpli-
dos se enamora tontamente
de una muchacha candorosa
recien salida del convento y na-
turalmente incapaz de enten-
der á media palabra ningu-
na de las picantes aventuras
que Fargeolles referia con tan-
ta gracia. Julio era un hom-
bre un poco de gusto. El des-
precio suyo no obstante. Mad.

de la Brujera le honraba con una estimacion secreta, y acaso la madre hubiera amado en el; precisamente era falta de galanteria que la muger de marzo le reprochaba.

Facilmente habia adivinado Fargottes la opinion de la criolla respecto de Julio y no dejo escapar ocasion alguna de ponerle en ridiculo y en mal lugar. La misma noche se presentó una coyuntura: una transicion diestra le condujo a contar los antecedentes de Julio y sus antiguas relaciones con el.

Antonina no escuchaba: apoyada en los filaretes del buque, pensaba que la existencia á bordo era igual á la del convento: la misma vida comun, las mismas rivalidades, las

mismas pasiones revelandose con-
las mismas pequeñeces. Veinte veces
habia oido á Vaugeolles hacer mi-
ravillas de Julio y nunca se habia dig-
nado contestarle. Una vez que le-
vantó la cabeza, reconoció á pocos
pasos al joven alferez inmovil
como una estatua, hizole una se-
ña y el otro se acercó.
- Gracias á Dios, esclamó, que
al fin me será posible hablaros!
- Por que alegraros de una cosa
que cuando menos mostrais seros
indiferente?
- Oh! señorita podeis acusarme...
- Quince dias ha que apenas se
os vé, no parece sino que huis de
nosotros.
- Huir! esclamó el alferez, cuan-
do mi única dicha es veros....
- Entonces, porque no ofreceis ya
vuestro brazo para el paseo como
haciais antes?

—Otro mas dichoso toma la delantera, se sienta en la mesa al lado de vuestra señora madre, que le ha juzgado sin duda mas digno de preferencia.

Es verdad, replicó Antonina candorosamente: mas por eso habeis de dejarnos?

—Es necesario, señorita.

—Por que razon?

Permitid que guarde silencio sobre este punto: el honor lo exige: baste observar que Mr Targuelles y yo no nos hablamos jamas.

—Es enemigo vuestro?

Julio, turbado por una pregunta tan categorica, callo un momento, y en este intervalo le llamó la atencion su nombre pronunciado muy cerca: claramente percibió esta frase:

—Por lo demas, señora, Julio tie-

ne prendas excelentes, pero mas pro-
pias de un filántropo que de un
oficial de marina.

Estaba tan oscura la noche que ninguna de las personas de su acompañantes habían visto á Julio sentarse al lado de Antonia; el alferez fuera de si, no pensaba en las preguntas de la doncella, y ademas no se atrevía á responder, su corazon latia con espanto, presintiendo una catástrofe.

A la verdad, dijo la vieja coqueta, que me sorprendeis, pero exagerais sin duda.

—Pero le falta en efecto cierto aire marcial que viene bien con su nombre de paladin; Renaud es nombre sonoro, verdad? Y la ilusion seria completa si se llamara Cesar. Julio Cesar Renaud... magnifico! este nombre le vendria de perlas á un hombre que

hoi hecho un viaje de mil ocho cientas leguas para evitar un desafio.

¡Ah! ¡un oficial! ¡imposible!

— Vive conmigo, señora, á bordo de la Victoriosa en el Brasil; hemos hecho ya algunas campañas juntos. ¡Tengo el placer de tratarle en todas partes, desde la escuela de marina, adonde ya tenia fama de chis-mosillo.

— ¡Quién lo hubiera creido! ¿Y yo que á pesar de sus ridiculeces, le apreciaba todavía?

— En el alma sentiria perjudicarle en vuestra opinion, y callaria, sino me pareciese que aspira á la mano de vuestra niña.

¡Nada se escapa á la penetracion de una madre! replicó madama de la Rozière con

complacencia. Ahora la historia de la Victoriosa.

La sabreis en dos palabras: ese caballerito me acaloró la bilis con algunas salidas de tono y tuve por conveniente en presencia de todo el estado mayor. Se amoscó y convinimos en bajar á tierra al dia siguiente: ya estaban nombrados los padrinos, acordado el lugar y la hora; pero en el momento de partir el comandante oficiosamente avisado de todo (ya adivinais como) embarcó al valeroso campeon en un buque que en aquel momento se hacia á la vela para Francia. Despues supe que era cosa ya dispuesta con antelacion, y por eso no estrañareis la conducta que conmigo observa.

—Cielos! qué teneis? preguntó Antonina á Julio.

— Me atrevo murmuró el alférez.

— ¡Silencio por Dios! ¿quiere Vd. dar crédito á esas patrañas?

— Gracias, señorita, pero tendríais derecho á creerlo todo si aguardáramos este requerimiento silencioso.

Antoñito bajó la cabeza suspirando.

Daban en este momento las ocho de la noche, y Julio que iba á entrar de cuarto, se presentó delante de Wimpolles pronunciando con voz grave la fórmula acostumbrada.

— Tengo el honor de ponerme á vuestras órdenes.

— Calma completa, replicó el otro, el velamen según el tiempo, camino, el mismo y la misma consigna que ayer: á las siete y media nadie faltaba á la lista.

—Bien, repuso Julio, pero no es eso todo; tened la bondad de veniros á un lado.

—¿Para asuntos del servicio?

—No señor.

—En ese caso, permitid que sea el bibliotecario de nuestra sociedad, y renuncio á ello.

—Pero no, exclamó Julio asiendole del brazo, es forzoso que os hable.

—Parece que me tocais, dijo Farpollis furiosamente; tened cuidado.

Habia arrastrado Julio a su adversario á distancia suficiente para que no oyese ningun pasajero lo que se decian. Unidos á la concurrencia, nadie podia observar la alteracion del primero, ni la sonrisa sardonica del segundo, nadie estrañaba su largo coloquio, porque era la hora del recreo. Solo

Maturina temblaba

— Sois un infame calumniador, señor mio.

— Magnifico, amiguito ¿quereis un desafio? Será poco peligroso si os conducis como mono.

— Os repetiré vuestros insultos miserable. Nos batiremos en la primera esquina. Os cedo la eleccion de armas.

Al principio mostró Fargeolles muchas ganas por retirarse, y aun acababa de hacer ademan de volver al lado de Maud de la Roziere, cuando sus ojos se fijaron por casualidad en el horizonte y se quedó.

— La conversacion me agrada, dijo, y no tengo dificultad en prolongarla.

— La creo inutil ya.

— No por cierto. Deseo una

aclaracion sobre que no me rehusareis por que sois demasiado galante.

— Ahora estoy de cuarto, mañana si gustais

— Podiais haber dejado tambien vuestra reciente provocacion y los corteses epitetos de infame y de miserable: me habeis dado derecho para exijir al oficial de guardia de sus graves atenciones.

— Bien, y que quereis?

— Saber eso que llamais mis calumnias: de cuales hablais? A quien he contado calumnias? donde y con que motivo?

— Aqui mismo, hace un instante á Raul de la Riviere.

— Os negabais? eso es lo que yo queria saber!

— Os estaba oyendo, replicó Julio, fuera de si.

Parjolles no se movió ni una

rato, miraba fijamente á su contrario quien en su violenta agitacion nada veia y apretaba la bocina entre sus manos.

Forgeilles se acercó á su colega, y le dijo con un acento de triunfo indefinible.

—Observareis, señor mio, que aquella nube no estaba visible cuando hicisteis el relevo.

Julio le vió alejarse ahogando una carcajada y alzó los ojos al cielo.

—¡Amainar y cargar juanetes! ¡alerta en las gavias! mandó con terror.

—Ya era demasiado tarde.

Volteaban las nubes con espantosa velocidad, estallaron de repente en silbidos furiosos, las arboladuras chirriaban con el peso de las velas pegadas á los palos por el viento: los

marineros despertando sobre saltados i abandonando la cancion empezada; no pudieron ejecutar la orden, por no haber recibido orden de atencion a la de accion y despues de un terrible chasquido, se quebraron los tres palos de juanetes, venciendose la corbeta fuertemente sobre un lado.

¡Amainen gavias! gritó Julio.

Pero esta maniobra era ya imposible a pesar de los esfuerzos de los marineros y todo era a bordo confusion horrible; todo rodaba, chocaba y se caia hacia el lado del viento.

Cuando despues de una calma completa sobrevino una tempestad violenta, parece mayor que nunca la inclinacion del buque sobre la

superficie del mar: la tardan-za. — Así una ráfaga que no da importancia en un mar tor-mental, estando tomadas to-das las prevenciones para ma-niobrar, puede ocasionar en otro caso grandes averías.

Gracias en efecto á la bar-ra del timon y á otras dispo-siciones oportunas, el bajel, á la par que retrocediendo (por que este era el movimien-to que las velas producian) pudo girar sobre sí mismo, los mástiles cayeron con gran estrépito, y la corbeta se endere-zó en seguida.

— ¡Señor oficial de cuarto! di-jo imperiosamente una voz harto conocida.

— Presente, mi comandante.

— Que se reparen las averías, restablecido el velamen, y pro-

rado el bosque en camino. En se-
guida, que os releve el mas an-
tiguo de los supernumerarios y
venid á buscarme á mi habita-
cion.

Despues de estas pocas pala-
bras, desapareció M. de Rougal.
Estaba desierto el castillo de Opo-
rai; los pasageros habian empren-
dido la fuga porque una llu-
via penetrante arruinaba la fies-
ta del herrador; el oficial de
guardia no divisó otra cosa
que un hombre que permane-
cia cruzado de brazos mientras
todos trabajaban, y se acercó á
él. Era Farjeolles. Embozado
en su capa de baule, presen-
ciaba, gozoso los afanes multi-
plicados de su colega, y se fro-
taba las manos y tosia de vez
en cuando, como diciendo: es-
toy aqui.... yo soy.... que me

complices en mi obra.

Un sudor frio caló los hombros de Julio: pero que podia él hacer?. que podia decir?. Porque él estaba en su derecho haciendo lo que hacia, y si el alferez sufria tormentos atroces, no por eso dejó de realizar sus esfuerzos; al contrario se multiplicaba, y el destacamento de cuarto vigilante, estimulado por su ejemplo, hacia prodigios de actividad.

A las diez de la noche, estaban reparadas todas las averias, los masteleros de guindola de repuesto sustituian á los rotos y la Señora navegaba á toda vela con una brisa general de que fuera preludio la tormenta: esto bastaba para salir de la region de las calmas y seguir el rumbo prefijado.

rumbo hácia el Cabo de Buena Esperanza y las islas de Borbon. Confió Julio á la comandante de su visita, entregó las guardias al piloto. Despues, jefe de la seccion de [illegible] y penetró en la estancia del oficial superior.

Estaba Mr. de Kergal sentado á una mesa cubierta por un mapa: con el compas en la mano estudiaba el camino que debia seguir y de vez en cuando alzaba los ojos hácia una brújula, que colocada encima de su cabeza, le indicaba los menores movimientos de la corbeta. Contra su costumbre, no invitó al halferez á tomar asiento, y, pero él se levantó.

— Podeis explicarme, dijo, como ha ocurrido el accidente de es-

ra noche?

— ¡Mi comandante me sor-
prendió una nube de tormenta!

— Estaba visible en el horizon-
te cuando os entregó el puesto
M. de Vaugeulles!

Yo mi comandante.

— Luego no velabais?

El alférez calló.

— Basta, señor mío, retiraos a
vuestra habitación.

Al otro día recibió Julio la
orden de permanecer arrestado
quince días, sustituyéndole Des-
roques en el mando.

Los pasageros que tanto ter-
ron; pasaron con la noticia de
los cuales unos calificaron de
benigno este castigo. Merced
a algunas insinuaciones que
vertía de Vaugeulles inocen-
temente divulgadas por ma-
dama de la Rivière, todo el

momento quedó muy convenci-
do de que Julio era un [illegible]
oficial. Antonia al oir infini-
tas [illegible], una alta sa-
[illegible] la verdad, y por
[illegible]
[illegible] del joven alférez.
El grumete de Julio contó
algo por el mismo estilo al [illegible]
[illegible] del buque.
—¡Bravo! exclamó el mari-
nero, por [illegible],
[illegible] hombres. Conoz-
co a tu amo que es un mari-
no completo y lo he visto ha-
cer proezas en la Victoria.
No hay a bordo una sola per-
sona capaz de [illegible] el bu-
que a todas velas en la hora y
media como él [illegible] la otra
noche. Yo soy, [illegible] del
[illegible]... por que
tienes boca, pero [illegible]

to á bruxos!

El caso es que desde la inau-
dita de los tres pueblos, en vez
de quedar el dueño de las tres
poblaciones se la habia granjea-
do [illegible] Julio. Para ademas
el oficial predilecto del minis-
tro de guerra que mandaba, á
Cuca del Rumo, temblaba de-
lante del teniente y sentia un
temor respetuoso con presencia
del [illegible] capitan de granja-
tar Julio e su corazon francés,
co, que desde esa suerte, tenia
[illegible] por ser comun-
de antiguo y la [illegible] de
[illegible] le habia valido
el afecto de todos sus subor-
dinados. Durante su arresto
recibió en su camarote algu-
nas visitas: entre otras fue á
verle Moutela Viziers y una
[illegible] acompañado [illegible]

dias veces a su padre. Dulce consuelo fué para el desterrado, atraves con él su amada, y aunque no le pudiera decir todo lo que habia pasado, el corazon adivinaba lo que la boca debia callar.

Cuando fué terminado el concierto, la doncella, despues de su madre, colgada del brazo de Hargreaves, se fué muy contenta con su padre, y el resto de la travesía proporcionó a Julio algunas horas de deliciosas pláticas, pero generalmente eran interrumpidas por la oncle cuya desconfianza subia de punto con las malignas sugestiones de su amigo caballero.

A pesar de lo que, segun la costumbre ordinaria, habia debido dejar una larga vista del combate, a pesar de las provocaciones francamente hechas y aceptadas, continuaba la

guerra con encarnizamiento, y Hargoldts atropellaba su infame habilidad. La presencia de Antonieta, sus afectuosos obsequios no podian realizar todos los bienes que hacia necesar al amor propio, a la quietud, de la dignidad, hasta a la pasion de Pablo. El verdugo no perdonaba una ocasion, y las ocasiones de este género son innumerables en viaje por mar.

Llegaron por fin a San Dionisio del Borbon y los pasajeros saltaron a tierra.

Apenas hubo salido Antonieta del buque con su familia, remitió Pablo a Hargoldts una esquelita pidiendole una cita aquella misma noche. Hargoldts escribió al pie: "A las once en punto." Pablo la devolvió en seguida.

XL.

Las tablas de abordage.

Cuarenta semanas han corrido desde la noche, estaba la bahía de San Dionisio de Borbon con algunas piraguas de menos. Emilio Rangel y Julio se encontraron en el Pirmante y un rato permanecieron mirándose y sin romper el silencio.

—¡Os ruego, amigos! dijo por fin el primero: me prometisteis una cita, aquí estoy: ¿qué teníais que decirme?

—. Me parece que lo sabeis, respondió Julio. Me habeis calumniado, os he insultado: mañana por la mañana debemos pasar á tierra y deseo saber que armas elegís, y determinar el sitio y la hora.

—. ¡Oh! ¡ah! se trata de aquel desafío.... yo suponía que vuestra habitual prudencia.

—¡Basta de sarcasmos inútiles! hemos convenido en batirnos.

Fernando? preguntó Vargelles.

— ¿A qué viene esa pregunta? Esta vez no he dicho eso, ferme en un lazo: aquí no hay otros motivos.

— Como no sean los vuestros, contestó Vargelles con sarcástico tono.

— No me acaloraré, señor conde, he hecho provision de sangre fría para hoy y para mañana.

— Será cristiano que os sorprenda al lado [illegible] despues de haberme no tratado [illegible]. Enseñad me vuestro prójimo, [illegible] que es él, y ellos se entenderán.

— ¡Insolente! exclamó Félix, y se dirigió hacia [illegible] con el objeto de [illegible] a Domingues a servirle de padrino.

Vargelles se marchó sonriendo, y en lugar de [illegible] a un [illegible] entre de frente en el [illegible] del [illegible] de la [illegible]

beta, complaciendo contigo que era fa-
cil ganar para amigo, complacien-
do con el contrario del [illegible]
de mal gusto. Así es como no ha-
llamos simpáticos en nadie. Yo
que les había juzgado oportuno ha-
cer participando de este [illegible] –
[illegible]

¡Ah! [illegible], dijo el [illegible]:
[illegible], que no son nada.

Despidiéronse [illegible] Dios, de-
jó acercando el [illegible] desper-
tado de [illegible].

[illegible] de eso, [illegible];
[illegible] a [illegible] un [illegible] de los
[illegible] en [illegible]
[illegible] de [illegible].

Comenzó el drama; dijo el [illegible]
[illegible] por este [illegible]
juego de palabras.

Después de un juego [illegible]
de [illegible] chistes que [illegible]
[illegible] nuestros lectores, y que [illegible]

braron de poner su buen humor al comisario, Pimpollo, para asegurar mejor el consentimiento del pueblo invisible, mandó a los negros convidarlos muy distinto. Dijo que a falta de un lienzo de bandera que anunciaria sus salidas de abordaje, y que a veces [illegible] su conquista de la habitación de [illegible]. Hizo el [illegible] quien [illegible] hermosas [illegible] un una excelente alusión a los combatientes ya sus padrinos.

— ¿Es un desafío de honor, eh?

Pimpollo [illegible] por [illegible], se [illegible] del comandante [illegible] al fuego, cuando a [illegible]. Después, cuando [illegible] su [illegible]. Como el [illegible] de [illegible] las [illegible] que todos querían en su [illegible], leyó los puestos del comisario.

Entonces ocurrió una escena.

de los seres singulares. Desbarques desempeñaba su encargo con la seriedad consiguiente: el comisario se obstinaba en hacer continuas alusiones al desayuno y á la habitacion de Mlle de la Riviere. El primer pretexto para sus cuidados eran las armas recogidas por Fargilles.

—El sable de abordage, contestó Bolero; parece que la broma seria completa si que Mlle de la Riviere...

Que diciais? exclamó Desbarques, impacientado: el sable de abordage! yo no tengo sentido comun: —quien se bate con sable de abordage? Sabemos que tiene aqui que ver Mlle de la Riviere?

Y el almuerzo? dijo el viejo haciendo un gesto estupido.

— Que almuerzo?

— Toma! el de la reconciliacion!

— De reconciliacion! repitió el

alumno. Se trata, conviene, de un desafío formal a consecuencia de agravios mutuos. ¡Os ruego que no os burléis de mí!

¿Se me atribuye a burlarme de vos, señor Desbaques, dijo ceremoniosamente el novicio; pues creéis que hay en esto algo de formal?

Os repito que es cosa muy formal y no comprendo cómo se hablas de sables de abordaje.

—¡Gran Dios! ¿será posible? Pues, yo no quiero ser padrino en un lance de veras.

— Pues bien, sino queréis ser padrino de Wiorgeolles, entendeos con él. Yo no deseo saber más que si os han hablado de otra arma que el sable de abordaje.

Es fuerza que detengamos nuestra narracion, contento y afligido el [illegible]

que completado.

—En ese caso, señor comisario, buenas noches.

A las cinco de la mañana, vió el teniente de navío Labrancher no sin asombro aparecer nuevamente á Dungeolles, Julio Renaud, Desbaques, el comisario y el cirujano quienes le fueron solicitando y manifestando la intencion de bajar á tierra. Pero este paso lo achacó al deseo de visitar el pais nuevo á donde llegaron la víspera, y como M. de Kergal había exceptuado á la plana mayor de la obligacion reglamentaria de pedir permiso para saltar en tierra, el teniente puso inmediatamente á su disposicion una barca.

Ya en la proa de esta embarcacion que bajaba por

orden de Julio cuidaron sólo que contenían los singulares animales preferidos para el combate.— Además llevaban sus espadas Julio y Desbayues, pero Franqueilles por afectación iba vestido de paisano. Estas circunstancias no le impidió ocupar el puesto preferente en la barca, en la cual nadie pronunció una palabra hasta que se hubo salvado en tierra.

El comisario, naturalmente veterano, conocía el terreno y sirvió de guía hasta el lugar designado. El sirviente con su carga seguía á pocos pasos. Apenas era de día; la ciudad estaba silenciosa, la campiña desierta, y á corta distancia se divisaba la habitación de Mr de la Rivière. El Cirujano fué el primero que se para—

como ordinariamente quería se consi-
deraba fuerte en lo que pudiera
suceder. Julio y Desbaquès no tar-
daron en tomar alto y el muchacho
los alumnos descargando con
seguridad su frente y sacando por
orden de mano los dos sables
que el alférez entregó a su pa-
drino diciendo:

— Espero, amigo mío, que me
disimuléis tantas molestias como
os causo.

— Es inútil, dijo el alumno, he
aceptado con gusto, y haré cuan-
to pueda por serviros.

— Ya sabéis que nada de con-
cesiones: ni me retracto ni me muda,
de nada absolutamente, ni
acepto reparación, no hay más
que un medio de ventilar este
negocio.

— Bien! dijo Desbaquès apar-
tando las armas a Julio.

Vinagrillos y el comisario ha-
bian hecho alto tambien.

¡Temblaba como una plu-
ma en un torbellino de viento,
decia el primero a su pa-
drino. Tranquilizaos, esto no es
nada!

—Es que el lance será volver
de Trujillo. Luego hubiera subido...

—¿Habriais visto capaz de a-
bandonarme?

—El pobre viejo se turbó y res-
pondió con voz ahogada:

—Yo queria decir... Pero....

—Vamos, calmaos. Desbarquemos: se
acerca el embarcador: Guardad-
la con atencion y vendreis en
seguida a reuniros con las male-
tas del [illegible]; tenemos mucha gen-
te, [illegible] de
[illegible] muy afable.

Despues Vinagrillos y Do-
[illegible] se aproximó al comisario,

— Aquí están los sables de abordage, dijo: son exactamente iguales. Escojed cualquiera de ellos. Bien podeis manifestar a vuestro apadrinado que tambien tenemos dos espadas idénticas y que si prefiere un arma menos acostumbrada para el brazo, no tenemos que decirlo.

¿No traeis las vuestras? dijo el contendor.

No, por cierto: mi amigo ha renunciado a batirse.

— Capital! pero hombres, esto [illegible] que [illegible] franceses.... Señor, no hay con [illegible] una reconciliacion: nada de [illegible] de [illegible]; [illegible] sistema! Conste que [illegible] [illegible] un proyecto....

Vos creeis, señor comisario, [illegible] y comunicad [illegible] representacion. [illegible] de Dirquelles.

—Pero no hay algun remedio ....

—Ninguno: yo ya he cumplido con mi deber: cumplid vos con el vuestro.

Esperaba Vangeolles con aire sereno el resultado de la entrevista: guiñaba el ojo y se sonreia maliciosamente. Julio estaba violentamente agitado, mas se contenia, y se dominaba. La perplejidad del pacífico empleado era altamente cómica: pesaba y medía los sables buscando alguna diferencia entre ellos para negarse á recibirlos.

—Este es mas pesado, este es mas largo, decia.

Son iguales respondió Desligues: mas podeis elegir el que mas os acomode.

No hubo otro remedio que elegir.

Valdemaro entregó a Julio

el sable sobrante y el comisario fué á ofrecer el otro á Vangeolles.

—Me ha encargado que os proponga la espada, y que os prevenga.

Yo os dije ayer que el diablo del chiquillo era mas advertido.

—¡Divertido! repitió el comisario. Pst, sino es mas que una broma para divertirnos, ya veo lo que son chanzas.

Vangeolles, alzó su brazo con el gesto que las cosas tomaban, y temiendo desperdiciar su padrino, como confirmarle en su error.

—Lo has adivinado, dijo: todo es una broma con que me he dado por entendido de modo y de que estoy resuelto á batirme con sables. Con todo, no se enfrie el desayuno.

El comisario sacó fuerzas de flaqueza, manifestó la resolucion de su apadrinado y que

[illegible] [illegible] convenciones, tratan acercarse los antagonistas.

Fourgeolles se quedó en guardia, aguardando á [illegible]: los aceros llegaron á cruzarse.

—Cuidado, decía el enguantado sujeto, cuidado, que voy á herirle.

—Silencio, dijo Desbaques que presidía el duelo con espada en mano.

Dignos señores, ya pasa del término: no se trata de batirse de [illegible], me parece que ya basta.

Desbaques, impacientado, empujó al comisario con menosprecio; en el momento mismo se oyó un juramento horrible y cayó Fourgeolles, anegado en su sangre.

—¡Lo que tiraba tan bien el sable! fué su primera exclamación.

La herida de Vaugeolles consistía en una enorme abertura en el costado derecho. Julio se apresuró á prestarle auxilio.

— ¡Tropa! le dijo Vaugeolles en ofendido tono, ¿no veis que van á llevarme á casa de nuestra Antonina?

Y como intentára Julio ayudarle á levantarse:

— No me toqueis, dijo con enojo: muy pronto os creeis vengado.

Despues de esta amenaza que oyó su adversario [illegible] [illegible].

— ¿Con que ¿es de veras? exclamó el comisario.

Julio le miró admirado, se encogió de hombros y marchó hácia la casa de la Reinel.

Habia rodeado á los oficiales multitud de mozos y cuando llegó el alférez á la puerta, se encontró con el administrador de-

batal y amortajado.

— Buenos dias amigo Julio, — que ocurre?. Me han [illegible] presentado el [illegible] con un desafio entre oficiales de marina.

— En efecto, se ha verificado un desafio, y vengo dispuesto á hospitalidad para D. [illegible] de Vargas que está herido.

— Quien ha sido el contrario?

— Despues lo sabreis; ya le traen; tened la bondad de salir á recibirle.

Salió Julio, y como D. [illegible] de la Barzuna siguió su indicacion, quedó se solo cerca de la casa. — Asomose Hortensia á una de las ventanas del piso bajo, y exclamó involuntariamente

— Hola! no es él el herido!

— Como! dijo el alferez [illegible], sabias ya....

— Sospechaba que hoy sucede-

ver alguna desgracia: no he dormi-do en toda la noche.

Como habeis adivinado la ver-dad, señorita? á nadie habia yo dicho nada.

Olvidais que fui testigo de vues-tro altercado con M. de Vargeolles, en el puente del bosque.

Perdonad, señorita, una pala-bra no mas: el tiempo urge; mis ami-gos tienen á M. de Vargeolles, y es for-zoso que os deje aun cuando tantas cosas tengo que deciros. Voy á ser ausentado: dentro de pocos meses seré yo-os vuelvo á ver, y me encontraré mo-ral estará cerca de vos. No pres-teis el oido á sus calumnias, no olvi-deis al que os ama con toda su al-ma, y disimuladme que el tiempo ... de las circunstancias me obli-gue á romper un silencio que hu-biera querido guardar. Vivir deseo-sa de mi amor, porque me despido

deseo, y mi acusador va á quedarse aquí. ¡Ah! ¡porqué no soy yo el herido!

Hubiérase la joven ya acaso hubiera consentido á no salir. Mad. de la Rivière gritando

—¡Cielos! ¡qué horror! ¡Mr. Dangeville herido de muerte!

—Calmaos, señora, dijo el doctor, la herida es grave, pero no mortal, y tengo buenas esperanzas. Permitidnos que entremos á poner al paciente en su aparato.

Julio y Duvaquez estuvieron en torno de la Señora, á tiempo que los llamaba el servicio: así que el doctor hizo su seña, fueron arrastrados por Mad. de Rivière. El comisario y el cirujano no abandonaron á Dangeville, quien había recobrado sus sentidos y no tardó en decir algunas palabras con un tono ordinario de ironía.

Ya veis, amigo, como os desengañais con el proceso de la Rivière.

Es igual, replicó el otro en tono trabajo pregunto.

El mal humor del comisario iba aumentando más porque veía comprometido en las medidas del momento. En este intermedio, fué despachada la carta a Santa María de Mindanao, y durante esta ausencia curó el herido perfectamente, pero como su buque estaba despachado, aguardó su regreso en casa de Mr. de la Rivière.

El vice-comisario colonial no tuvo otro remedio que aguardar las consecuencias de un extraño cuyo influencia creía por momentos en aumento, pues Fargeolles, iniciado en todos los secretos de la familia, ya era, por odio á Julio, que por amor á Antonina había intentado ganarse el partido. Pero la ga-

la de la mas esmerada servicialidad y continuó adulando mucho á la Mada. de la Riviere; pero las muchachas le opusieron una reserva llena de dignidad, y nunca lo encontraban solas, se refugiaban bajo la égida maternal ó mas á menudo al lado de Mme de la Riviere que mostraba tener gran dominio de la influencia de Tinguelles para no haberle cobrado odio.

Al contrario Tinguelles con la vista fija en Antoninus cuya perspicacia le tenia preocupado sus proyectos, y encontraba el beneplácito y el consentimiento de Mme. de la Riviere. Antoninus se esforzaba en interesar á su padre por Julio. Julio era el asunto perpetuo de sus conversaciones y poco á poco. Mme de la Riviere, sin conocerlo, se convirtió en confidente de sus hijas. Tal era el estado de las cosas cuando

unos después del desafío de los dos rivales, y uno de Desbuques y el gran-[illegible] se aparecieron como por ensalmo.

—¡Gracias a Dios! exclamó la muchacha;

—¡Dios sea loado! dijo el administrador, ya llegó la Lerouge y nos quitaremos de encima a ese mascón.

El alumno de marina saludó respetuosamente, y después de los cumplimientos de costumbre, preguntó por Fourgeolles.

—Se ha restablecido perfectamente, dijo M. de la Rivière.

—En ese caso tengo que comunicarle órdenes importantes. M. Labranche, nuestro teniente, ha muerto en el combate. Abaniz, y es necesario que M. Fourgeolles pase al bordo inmediatamente a reemplazarle.

Pablecció. Antonino: el alumno de la pequeña colonia de Madagascar estaba a menudo [illegible] que

tenía por Italia.

—¿Y Mr. Romancey? siguió preguntando el administrador.

—Perfectamente, dijo el alumno despidiéndose, porque acababa de descubrir á Fringeolles sentado en el jardín del lado de Mont de la Rivière.

Una sonrisa horrible de quien brilló como un relámpago en las facciones del alférez de navío, cuando supo las noticias que le traía Desbuques. Contúvose no obstante, y partió con fingidas consideraciones sobre el doloroso suceso que le valía la herencia de la Sra. Favern.

Mientras que el alumno, autorizado á entrarse por la misma llave, hacía una relación de las últimas jornadas, el gerente respondía á las numerosas preguntas del Antonino y de sus

presentes. Primero en luego. Habló de-
su Príncipe, Margarita y Desbuqui;
y recitaron que el administrador
colonial le informaba de existir
tal un descubierto una vela fran-
cesa. Entonces, sola dirigió otras
preguntas al guamete que atra-
jeron a este a hacer el elogio de
su amo.

La tripulación le respetó y le
quería como se merece un buen ofi-
cial, señoritos; pero sin embargo,
siguió el guamete señalándome-
le, hace tiempo que Bernard anda-
ba triste, y no falta quien sospe-
che que solo de esto se acuerda.

No esperaba la ... una
salida por este estilo. Se quedó tur-
bada y encendida.

—¿He dicho algo malo? pre-
guntó el guamete. No os enfadéis,
señoritos: no he hecho más que re-
petir lo que he oído, y lo marine-

nos dicen que no podia haber hecho viaje alguno. Mr. Renaud.

— Basta! basta! dijo Antonina y cuidado con que repitas a tu mamá lo que acabas de decirme.

— Bien seguro estoy de que me preguntará por vos, y por qué sería pues mi fue enviado a tierra.

Fargeolles se despidió de sus huéspedes, saludando á Antonina rendidamente, dirigió algunas palabras galantes á Mad. de la Riviere y volvieron á Desbarques.

— Vamos á bordo, dijo imperiosamente.

Cuando los marineros divisaron á Fargeolles en la canoa:

— Eso? cayó las baterias, dijo Poussou, ya vuelve Corazon de Hierro, por que se conoce que el diablo quiere su pellejo. Vaya á ser tu mientes! y tus bravatas de marineros!

Tal mismo tiempo tiró con

también sus espadas sin el pensamiento
y su desdicha consolaron.

Estaba visto, vamos á pagar
todas nuestras culpas! murmuraron
algunas voces.

Apenas habian recorrido el
buque el silencio de horror, cuan-
do M. de Vargeolles bajó á la cá-
mara del capitan, quien hizo lla-
mar al teniente Julio Renaud.

—Entregareis la tenencia á M. de
Vargeolles, le dijo. Y continuareis siguien-
do las órdenes establecidas por su de-
funto antecesor M. Lebrun. Ha-
beis justificado vuestra confianza con
las armas en la mano: supongo
que entre vosotros no debe existir
rencor y os invito á reconciliaros
francamente en mi presencia, co-
mo corresponde á adversarios leales.

Esto diciendo, examinaba M.
de Vergal alternativamente la
espresion de la fisonomía de los

dos alféreces. Pero Tulio estaba frío y grave y Fougerolles había procurado el fingir buena compostura e indiferencia.

— ¿No respondéis, señores? ¿Acaso no está extinguida vuestra enemistad? Como más moderno, Mr. Renaud, debéis hablar el primero: manifestad vuestras intenciones.

— Mis intenciones son sencillísimas: quiero estar siempre a hacerme respetar y no soportar insultos de nadie. Por lo demás, en el servicio obedeceré con tanta puntualidad las órdenes del teniente de la Tercera como las vuestras, mi capitán.

— No me agrada una respuesta tan poco explícita, señor mío, y quisiera veros tender la mano a vuestro colega.

— Perdonadme, mi capitán, pero Mr. Fougerolles es quien ha debido

consideraran como mas groseramente ofensivo: salió riendo y exclamó partes que admiten una reconciliación. Francamente digo que siento ofrecer la mano; ni le niego á Vd la mía.

— Sí, Mr. Fangeville? Vuestro procedimiento actual exije que hagais algunos sacrificios por la buena armonía: Mr. Renaud objeta que vos debeis tomar la iniciativa: espero que así lo hagais.

Fangeville presentó la mano sonriendo y Renaud la estrechó con la suya.

— Buen señores, no esperaba yo menos, dijo el comandante.

Cuando salieron los dos alféreces, Fangeville se encogió de hombros y se vió dar á entender al otro que la escena anterior no habia sido mas que una comedia: este hizo como que no advertia: y se puso al corriente de las disposiciones que ha-

ha adoptado durante su interino mando.

Cumplido este deber, retiróse Tulio y fue á vestirse para bajar á tierra; dos horas pasó en su camarote arreglando las hojas de un álbum que destinaba á Antonina, y volvió á subir á cubierta.

Entretanto había comenzado Fargeolles á ejercer, como era consiguiente, su destino. Presentaba castigada una tercera parte de la gente, dos alumnos arrestados, Gausend enviado al cepo por haber alzado la voz un poco, sin que el grumete se escapara de recibir doce azotes.

—Teniente, dijo Tulio, acercándose á Fargeolles, quisiera una barca para ir á tierra.

Imposible en este momento; ahora va á hacer un ejercicio general de las embarcaciones que vos debeis dirigir;

La singular reflexion de ver-dió un sentido feroz á estas pa-labras.

A toda costa, es preciso que yo abandone este buque, pensó Tulio: las circunstancias han tomado formas nuevas. Cambiemos de pla-za con cualquiera de los oficiales del Cazador.

El bergantin Cazador habia sido alcanzado á vez aquel llama-dos mismos por la corbeta. A-cababa de anclar en aquel momen-to y ya se habian recibido las car-tas de Francia, y despachadose las mas importantes al gober-nador de la colonia.

En el momento en que Tu-lio se veia deslumbrado desean-do que su [illegible] con un pretex-to ingenioso, se acercó una barca del bergantin, portadora de un pliego que el gobernador—

trasladaba á toda prisa á Nueva York.

Esta comunicacion oficial produjo una nueva comparecencia de los dos oficiales delante de sus comandantes.

5

La orden de desembarco

Diez minutos despues de la llegada de los barcos, Renaud llamaba á los comandantes de nuestros antagonistas,

—Señores, les dijo, tengo que comunicaros un oficio que hará tomar inmediatamente vuestras posiciones respectivas.

Hazeweller se puso pálido.

Mr Renaud, sin embargo, el capitan, habia prevenido al oficial de tenientes del navio.

Lelio se estremeció de gozo. Este

nuevo grado, justa recompensa de su noble comportamiento en el Brasil, le acabará su ... y proporcionará sobre su enemigo.

— Os doy la enhorabuena, prosiguió el gefe, por este nombramiento. Id inmediatamente á la tripulacion y vos, Mr. Vergeolles, haced el favor de quedaros.

Se inclinó Julio y salió. Oyóse al punto tocar llamada y en el interin Vergeolles aguardaba con continente impasible, aguardando que Mr. de Kergueli dijese la palabra.

Caballero, dijo por fin el comandante de la Serena; que vuestra posicion á bordo será ahora penosa a consecuencia del inesperado ascenso de vuestro colega; pero sentiria que por eso quisierais desembarcar.

— Yo he tenido tal idea, replicó Vergeolles con calma. Mr. Renaud es hoy mi gefe, y yo sabré obedecerle.

— Muy bien; me complacen esos sentimientos de moderacion que os honran; y de que ya hoy me habeis dado una prueba; mas os declaro que tendré en cuenta los demas puntos para dulcificar vuestra situacion.

Una sonrisa pasó rápidamente por los labios del alferez. Comprendia la causa del interés de M. de Kergal, del antiguo amigo de sus padres.

— Gracias, mi capitan, (dijo) os repito que haré todos mis esfuerzos para seguir siendo digno de servir á vuestras órdenes.

El capitan de fragata abrió la puerta y subió al puente el alferez de navio Keruguen.

Los dos jefes estaban firmando la capitulacion que tenian hablada como acordada.

— Sin duda es alguna innovacion de cuño del Hidro: se tratará de algun castigo, de algun juicio, pensaban los marineros.

—¡Bando! dijo el capitan — En nombre del Rey, la tripulacion de la Tierra, reconocerá, en lo sucesivo como teniente de la fragata de S. M. Julio Renaud, promovido al grado de teniente de navío con fecha 1.° de julio de 1826, y le obedecerá en todo lo que concierne al servicio de S. M.

Cuando se oyó el nombre de Julio, circuló un murmullo de alegria, y rotas las filas, estalló el mas bullicioso júbilo. Se apretaban las manos, se abrazaban, reian, como si encontraran de nuevo al pasar de un gran peligro.

Vangeolles lo veia todo, fermentando en su alma un furor sordo. Ya con el odio se asociaba la

emocion, y ya no solo no dudaban sus asistentes [illegible], y deseo [illegible] que nunca [illegible] de los hombres dichosos. Una circunstancia natural acrecentó su no sorpresa: Para [illegible] en su tenencia, pidió Julio al capitan, que perdonase todos los castigos, y al hacer esta suplica, no sabia el joven oficial como habia trabajado en pocas horas la [illegible] de su caracter. Mas Ranger consideró la indulgencia de Julio como un ultraje directo.

Llegó la hora de comer; mientras todos no pensaban en otra cosa que en la revolucion que acababa de efectuarse, aunque nadie se atrevia a sacar la conversacion, siendo solo la tripulacion la que daba muestras francas de su gozo.

Acompañábamos de la voz el pífano y el tambor; el buen Francisco aguardaba su elocuencia; se formaban grupos, se separaban y volvían a reunirse mas allá. El gaznate se remojaba de vez en cuando, y Gaspar por fin vino a anunciar que estaba servido el café en la mesa de la plaza mayor

L. El aviso a marineros dijo Francisco con el tono de maestro de ceremonias, Cada uno a su puesto! en filas los camaradas! Pífano una tocata bien alegre!

La tripulación, formada en columna cerrada, precedida de sus dos instrumentistas y de Francisco, que debía desempeñar el papel de orador, se dirigió hacia la popa. En seguida comenzó la zambra; redobló el tambor, al tono el pífano con sus mas alegres acentos, hasta que los comensales,

marineros de la mesa; por este
movimiento inesperado, subieron á
cubierta. Cuando apareció Julio,
salió un grito general de: ¡Viva
el teniente! Tomó Fernando la
palabra, y en uno de aquellos
discursos floridos y adornados
con todas las pintorescas expresio-
nes del norte, arengó al oficial,
fue intérprete de la alegría de
sus camaradas, protestó del ce-
lo de todos por la buena con-
servación del buque, elogió al
ministro y habló bien del rey.

El comandante, no era hom-
bre que se opusiese á las usanzas
establecidas á bordo: hay, pues, pa-
ra, música, pífanos y tambores,
los marineros tienen una espe-
cie de fiesta, y si el buque cuyo
dueño es un hombre se distribu-
ye ración doble de vino. Guar-
dose bien Julio de faltar á la

tradicion, y mucho mas estimado
comandado por las francas feli-
citaciones de los marinos. Esperaba
que su nueva autoridad alzaria
una barrera entre Rangealles y él,
y que podria, con una conducta
prudente, firme y moderada, parar
todos los golpes de su subalterno: por
último el recuerdo de Montemieres, á
quien le acababa su grado, con
gratitud y una felicidad tan impre-
vista.

Examinaba Rangealles con ojos
feroces estos alegres semas; combi-
naba un negro plan de ataque,
y se acordaba con sentimiento y [illegible] de
las últimas palabras del capitan.

Acercóse á él el comisario, y,
siempre conciliador, porque en el
fondo era el mejor de los hombres,
intentó dar al alferez algunos con-
sejos que fueron acogidos brutal-
mente. Y desistió confundido y deses-

tiero á su lado hasta el buque de retorno. Daba en este momento Julio órdenes á Descoigues que entregaba de nuevo vigilantes. Hargeolles pasó al lado y oyó decir al alumno;

— Serán cumplidas vuestras órdenes, mi teniente.

— ¡Teniente! pensó Hargeolles. ¡Ese teniente! ¡Ese teniente! Le otorgaría le festejos el estado mayor le felicita! ¡El señor comisario me acumulas moderacion y dulzura! oh! por fortuna está de parte mia el capitan!

Dejó Julio á su camarote para pensar con libertad en sus tiernos amores y en el placer que de verla tendría al dia siguiente con las impresiones de su nuevo grado.

En casa de la Vizcondesa no se habian notado de lo ocurrido. Conocieron á Hargeolles teniente y

Antonino también de que su-
cesos contara a Julio perfecta-
obstáculos para desembarcar. Por-
eso al día siguiente, cuando llevaban sus
ojos sin cesar al campo, encontra-
ba el ordinario paseo con su-
jeción. De repente exclamó:
— ¡Ahí está! ¡qué fortuna!
El administrador se quedó
admirado de esta exclamación.
— Pues qué, padrino, dijo
Antonino, ¿no ves que tiene dos
caracteres que entiende demás!
Os doy la enhorabuena, dijo el
comisario dirigiéndose a Ju-
lio. Venid, venid, que os presente
a mi esposa.
Dirigiéronse hacia donde la
señorita criolla estaba repan-
tigada: recibió a Julio con afabi-
lidad y casi le contó su ascen-
so por que era su triunfo sobre
Marseilles a quien estaba criada;

nuestros amos afeminados.

—Ya hora es obligarnos a despedirnos, dijo Julio.

—Como os veis, dijo el buen comisario, quedaos con nosotros hasta mañana.

—Es imposible. Un teniente no puede pasar la noche fuera de su cuartel; además le mandan sus deberes. —Cuanto tendríamos que ser mis visitas menos frecuentes que en Oriente. —Ah. Madre Hen... ¡qué! no le ha agradado mucho que yo haya bastante esta tarde!

—Santiago esclavitud es la licencia! exclamó Antonia.

—Lo es, niñita. Pero antes de alejarnos, tengo que pedir una gracia a estas señoras. El permiso de ofrecerles este álbum.

Era tiempo muy político diciendo ninguna fiesta, no permitía. Mario de las Rivas, regir este

pueden ser.

—¡Válgame Dios! ¿para qué tantas ceremonias? dijo el administrador; ya que mi mujer hubo consentido. Vaya: eso no era menester permiso.

A la luz de la luna que reflejaban las palmeras del parque, dirigiéronse una ligera sonrisa Julio y Antonina.

La doncella añadió a media voz:

—¡Escapaos a menudo, pobre prisionero!

—¡A menudo! repitió el oficial con tristeza, es imposible; pero enviaré con frecuencia a preguntar por vos a la guarnición.

Ruborizose Antonina al acordarse de la inocencia con que éstos le declararon el amor de su amo: el oficial no pudo observarlo porque pasaban por

lo mas oscuro.

Por fin, desapareció en todo desconfianza; mientras que la familia Bizners volvia a sus habitaciones.

Matilde, retirada en su estancia, examinó el album con dulce emocion. Estaba lleno de alusiones que ella solo podia comprenderlo y sentir.

Julio, por su parte llevaba la dulce satisfaccion de que su amor era correspondido; y M. de los Rizines se alegraba de esta circunstancia que confirmaba a Matilde su teniente, desde que sabia los contratiempos de este drama.

Por ultimo la estimacion del vice-comisario a Julio habia crecido, solo por el hecho de los estrañezas que llevaba.

En los dos meses que pasó la Sirena anclada en S. Dionisio, -

puesto por Julio al Antonina; al-
guna que otra vez, pero Hargeolles
seguia encubriendolo, procurando em-
barazar todos sus planes y hacer lar-
gas visitas. Esa manera de Mad.
de la Riviere de su genio coquete-
ro, sus modales obsequiosos y su
lenguage galante, se habia fa-
miliarizado insensiblemente con
el pensamiento de tenerle por
yerno; El enlace de su persona
enlace con Antonina aceptó
pronto, por la colonia. La ma-
ma Mad. de la Riviere lo ha-
bia esperado.

Tal era el estado de los a-
nimos en las habitaciones de dos
[illegible] que a bordo habian toma-
do las hostilidades distinto ca-
racter. Aunque parecia que
Julio era el mejor situado por
su grado, quien aprovechaba en
realidad era Hargeolles. Mo-

de Korzoff estaba alucinado por su contínua asiduidad al- guacil del esfuerzo; acusaba in- teriormente a Julio de que abusa- ba de su autoridad, que se venga- ba con pequeñeces de su rival, y se prevalía de su popularidad. Aunque leal, caballero y algo novelesco, era engaña- do por los halagos de Korzoff. Este aparentaba con el mayor ci- nismo franqueza brutal, por medio de la cual era insinuaba un cumplimiento al segundo co- mandante, era una calumnia con- tra el comandante.

Así, a bordo lo mismo que en tierra, había una mina ba- jo los pies de Julio, y Julio esta- ba sin desconfianza porque en la apariencia todas las rivali- dades habían cesado. Creía u- na paz verdadera lo que solo

era una tarde amena. Poco tardó en es-
tallar de nuevo la guerra.

Una otra estaba de guardia Tar-
gallas: Julio substituía momenta-
neamente á D. Alvaro Bergal, que ha-
bía bajado á tierra. Paseábanse
silenciosamente los dos oficiales, el
uno á estribor, y el otro á babor, cuan-
do fué anunciada al alférez la lle-
gada de una embarcación de la
Guzman. Por medio de un anteojo re-
conoció la nota y se aumentó en
seguida su impaciencia.

Acercose la barca; Tansiord
que hacía de patrón, subió a bor-
do y se dirigió al castillo de proa
para avisar al oficial de cuarto
su regreso, como lo prescriben las
ordenanzas, pero no viendo á Tar-
gallas, se acercó á Julio.

Volvemos a bordo mi teniente,
dijo, sin novedad.

Bueno, Julio con la vista al

alférez de guardia y su mandato.
—Bien, respondió, desarmado y amarrado le barco.
Jaunard dióse prisa á obedecer la orden y á los pocos momentos volvió Fargeolles á su puesto.
—Que llamen al patron de la barca grande! mandó.
Inmediatamente compareció Jaunard.
—Vas á ir al cepo, le dijo el oficial.
—Porque? que he hecho?
—Vete al cepo y pocas replicas!
—No habia necesidad de llamarme para eso, murmuró el patron retirandose. el capitan de armas podia habermelo dicho.
Julio, que lo habia observado todo, se acercó á Fargeolles luego que Jaunard se hubo alejado.
—Acabais de enviar un hombre al cepo?
—Si, teniente.

—¿Por qué razon?

—Por no haber participado su regreso al oficial de servicio.

—Entonces podeis alzar el castigo. En ausencia vuestra, me avisó Gausserand y yo le dí órden de desembarcar y amarrar la embarcacion.

—Hubiera debido avisarme, porque estoy de guardia: podia aguardarme.

—No señor: en el servicio no se espera: cada uno debe estar en su puesto; y con mas razon el oficial.

—¡Ah! ¡una leccion! esclamó Turgeolle irónicamente.

—Un simple aviso, señor mio; respondió Julio gravemente, para haceros reparar una injusticia.

—No soy injusto. He castigado; levantad el castigo si os parece: derecho teneis para ello.

—Mejor es que vos le alzeis.

—Para lo que hago lo que hago.

—Os lo mando formalmente.

— Se obedecerán las órdenes del señor teniente! saltó Vargeolles en un tono tan sumiso que Julio no pudo contener su cólera.

— ¡Impertinente! murmuró.

— ¿Me insultáis?

¡Sí, arrestado!

Vargeolles se encogió de hombros.

— Sea arrestado os digo, ó yo sabré obligaros.

Vargeolles se cruzó de brazos.

— ¡Ah de la guardia! gritó Julio.

La chusma se había amotinado; los marinos de guardia corrían á las armas: nadie fijaba la atención en los movimientos exteriores de la rada y Mr. de Kergal saltó á bordo sin ser recibido con el ceremonial de costumbre. Al entrar en la fragata fué testigo de una escena de desórden extraordinario. El teniente mandaba que á la fuerza llevasen preso al oficial insubordinado.

—¿Qué ocurre? preguntó el jefe con aquella voz clara y breve que hacía estremecer á la gente cuando dirijía la maniobra.

Un silencio profundo siguió á estas pocas palabras.

—¿Qué ocurre á bordo, teniente?

—M. Fargeolles se niega á ir arrestado.

—¡Ah! ¡M. Fargeolles! dijo el oficial superior que dispersó con una severa ojeada los grupos de curiosos.

Fargeolles obedeció en seguida.

Fué necesario que contase Julio lo que acababa de suceder, y lo hizo sin disimular nada; pero las miradas, las inflexiones de voz se tradujeron mal; y el comandante no le dió la razon.

—No se le trata á un oficial de impertinente, le dijo, no se le castiga á la ligera; cuando indignado de tal epíteto, muestra su descontento—

to: en fin, no se dá á toda la tripulacion el espectáculo de un escándalo igual al que acabo de presenciar. Pero, ante todo los castigos impuestos no se levantan; porque producen pésimo efecto en los disciplinados. M. de Fargeolles pasará veinte y cuatro horas arrestado, el Faussard no saldrá del cepo, y vos teniente, no podreis bajar á tierra hasta nueva órden.

Julio se quedó aterrado: M. de Kergal se ausentó sin decir más. Habia conseguido Fargeolles su objeto. Desde que buscaba medios de hacer daño, no solo por instinto, sino por cálculo, habia resuelto esperar una ocasion de rompimiento en que quedar justificado á los ojos del comandante.

Llegada la hora, aprovechó la circunstancia mas sencilla.

para originar la escena que se acababa de leer. Habia visto que la barca del oficial superior seguia de cerca á la de Gausaras y habia combinado su plan en consecuencia.

El otro dia justificó su conducta con el comandante inspirandole nuevas prevenciones contra el teniente.

Entonces comenzó para él una existencia verdaderamente dolorosa: sus actos todos fueron fiscalizados con severidad, y aun que pasaron sus quince dias de consigna, cuando saltó á tierra por primera vez, se espuso con amargura en presencia de Antonina y Rosela Ruirez.

— Es horrible! decia la doncella.

— Os salvaré, M. Renaud, exclamó el administrador: el gobernador os estima, le he hablado de vos y bastará que solicitéis una orden

de desembarco para conseguirla, porque yo tengo algun credito y le emplearé en favor vuestro.

—Os doy gracias dijo el teniente conmovido: es un infierno en efecto del que es forzoso salir.

Al otro dia, pidió Julio al comandante de Kergal autorizacion para dar los pasos necesarios para desembarcar.

—No los apoyaré, pero no pondré obstáculos, replicó sentenciosamente el gefe: pero sabed que no tardaremos en darnos á la vela.

Julio se apresuró á presentar la solicitud formal y Kargeolle lo supo.

¡Es demasiado tarde! pensó. Hace dos meses que me hubiera alegrado de su partida, porque la tenencia me hubiera tocado de derecho: pero hoy no se trata ya de tenencia, le aborrezco y se quedará.

Vargollés hizo circular por la Aurora la noticia de la separacion de Julio, y antes de una hora se le presentó Pell Causaros, quien le dijo cruzado de brazos como asombrado.

— Mi teniente, no consiento. ¡Dios bueno! ¿no, no es cierto que lo que dicen es cierto! ¡Abandonarnos vos!. Ah! La branche se ha ido al otro mundo, y vos nos dejareis tambien. Todo lo bueno que hay á bordo nos planta, cuando nosotros nos hubieramos dejado hacer tajadas por vos! Y desembarcais decidamos todos, que al fin mas vale ser fusilado de una vez que no andar.... No decis nada, mi teniente, con que es cierto? pues podeis contar con que sois el autor de nuestras miserias. Los compañeros me han encargado de deciros lo: el dia que salgais de la fragata nuestro saco nos echa la zarpa el diablo, porque ya lo veis, el diablo i. Ah.

de [illegible], es lo mismo si se trata de hablar con verdad.

El grumete, a poca distancia, derramaba abundantes lágrimas, y los marineros observaban de lejos el efecto que en Julio producía la elocuencia de un embajador. El joven teniente veía unánimemente conmovido la anécdota pintada en aquellos varoniles rostros.

— Bien: no hay nada decidido, dijo: dejadme pensarlo.

— Ya os dejo, mi teniente, dijo el gaviero; pero si amais a vuestros padres, a vuestros futuros, pensad que con dejarnos sacrificais a doscientos hombres.

— Eso, yo no me sacrificaré, murmuró el oficial.

Cuando se alejó el tostado marino, rodaban por sus mejillas unas lágrimas de agradecimiento. Dos momentos después, un murmullo

de júbilo resonaba en la embarcacion.

Julio llamó á su asistente.

— ¿Lo has visto todo?

— Sí, mi capitan.

— Pues irás á la casa de M. de la Brucere.

— Bien, mi capitan.

— Y dirás que suspendo el curso de mi solicitud al gobernador: si te pregunta el motivo, sabes lo que debes contestar?

— Si por cierto. Diré que Jauscard, que la tripulacion, que todos nosotros...

— Bien: la barca espera, marcha corriendo y vuelve pronto.

— Todo concluyó para mi, penso Julio suspirando, si supieran lo que sufro, se resignarian sin duda. ¡Pero tengamos valor!

No pasó el dia sin que Fourgeolles hallase otro medio de herir en lo vivo á su superior,

El grumete, volvió á las seis de la tarde: estaba contentísimo, orgulloso con el mensage que traía: al entregar á su amo una carta de Antonina, le dijo al oido:

— Me han hecho prometer que no dijera nada mi capitan; seré discreto, os lo juro.

— Bien, hijo mio, respondió el oficial, y abriendo la esquela, leyó lo que sigue:

"Hay circunstancias en que la intencion justifica los pasos mas imprudentes. Conozco que soy culpable, hago mal en escribiros, caballero, pero quiero salvaros del abismo en que os arrojais ciegamente. En nombre de los sentimientos que por mi persona esperimentais, os lo suplico, desembarcad. Tiemblo al pensar que una magnanimidad exagerada pueda reteneros todavia. Vues-

ro sacrificio seria inútil y mi padre, instigado por mí, en lugar de recoger la solicitud, activará la decision: yo tambien hablaré á la hija del gobernador, que es amiga, y lo conseguiremos. Se que la orilleta parte mañana, esta dispuesto á dejarla. Mi padre llevará la orden inmediatamente. Obedeced, Julio, obedeced en nombre de nuestro... (estaba borrada la palabra que seguia) en nombre de Dios, os quiero ruego por vuestra persona. — Antonina.

Este billete, escrito de prisa con mano trémula, hizo vacilar á Julio en su resolucion: no se atrevió sin embargo á dar al grumete la orden de hacer las maletas, pero fué á encerrarse en su cámara y las hizo él mismo.

Cuando subió á cubierta, indeciso todavía, pero resuelto a cual-

quier suceso, acababan de dar las diez de la noche. Llegó Fargeolles del teatro, y fué á entregar un pliego al comandante de parte del gobernador. Era la orden de dar á la vela al amanecer, y Julio recibió inmediatamente la de acordar las disposiciones necesarias.

A poco rato, se le acercó Fargeolles.

—Una palabra, Mr. Renaud, dijo, no dándole acaso de intento el título de teniente.

—Decid.

—Mañana partimos: vos queríais abandonarnos, la Sra. Maud de los Bezieres me ha dicho que se manda á pesar de vuestra solicitud, y que se recibirá la orden en el último momento. Ya veis que estoy bien informado.

—Adonde iréis á parar?. Mis operaciones, creo que nada os im-

portant.

Perdonadme, si es necesario refrescaros la memoria, lo haré. Nos hemos batido y me habeis herido: yo era teniente y me habeis usurpado el puesto.

— Nos reconciliamos delante del comandante, y desembarcando yo, recobrais el puesto que segun decis, yo os lo he usurpado.

— Me confundisteis despues, bien me acuerdo. Me habeis mortificado sin cesar y aunque pensaba pediros una satisfaccion, no queria ensangrentar de nuevo con nuestras querellas el suelo de San Dionisio. Aguardaba á la primera ocasion para proponeros un lance serio y vuestro desembarco seria ademas una traicion: sabeis mis proyectos de matrimonio y quereis estorbarlos. No, no desembarcareis

ú os tendré por un cobarde.

—Caballero, respondió Tulio, desprecio soberanamente vuestras acusaciones de injusticia y cobardía, porque no me están bien.— Cuando nos hallemos en terreno oportuno, estaré siempre dispuesto á medirme contra vos y en cualquier ocasion sabré conservar mi libre albedrio, mi independencia.

En el caso de que la corbeta apareciese un dia en Borbon me hallaria á la vuelta.

—Quien sabe? interrumpió Fargeolles.

—Pues no deciais hace un instante que yo queria casarme con la mujer que vos teneis la audacia de codiciar?

—Yo? no señor. He dicho que quisierais estorbar mi casamiento, y lo hariais con calumnias, con tramas bajas y tortuosas a-

pensar de que cuento con la promesa de Honor de la Riviere. Casaros vos con su hija! Demasiado sabe que sois un miserable, y huir de querer. Antonina para un hombre que desertó de su buque por huir de un desafío!

— Basta de ultrajes! nuestras injurias son tan innobles como vos! Aquí no hay mas traidor, no hay hombre mas despreciado por Antonina que vos.

Sois mi gefe: tenemos al frente de testigos y podriais darles los castigos que mereceis: pero afortunadamente es de noche y os escupo en la cara! dijo egecutando su amenaza.

Vitó Julio de rabia y arrancó tras el, pero no pudo alcanzarle.

Al amanecer rechinaba el cabrestante, arrollábase anillo por anillo la cadena de la Severa y

las velas, harapientas ya, colgaban en festones bajo las vergas, cuando una barca gruesa, impelida por negros vigorosos, vino de tierra.

Condujo á bordo al Sr. de la Rivière, quien corrió hacia Julio, así que estuvo sobre la cubierta.

Amigo vuestra orden de desembarco, le dijo, y ya os espera mi barca!

4°

Duelo á muerte

Cada cual ocupaba su puesto y al teniente Renaud le tocaba estar cerca de Toussaint, quien fué el único que oyó las palabras del administrador colonial, cuando este se acercó á Julio.

¡Mi orden de desembarco! Sr. de la Rivière os doy gracias

por vuestra afectuosidad y os quedaré eternamente reconocido.

Gausard escuchaba con doloroso asombro.

—¿Y qué hacéis? exclamó el administrador; el tiempo urge; marchad a avisar al comandante, recoged vuestros efectos y partamos.

Julio estaba inmóvil: le agitaban con violencia los sentimientos mas contrarios.

—Os espera Antonina, dijo M. de la Rivière.

El oficial dió algunos pasos para bajar del castillo de proa y salir en busca de M. de Rengal: pero se le interpuso Gausard.

—¿Partís al fin? dijo este: ayer nos engañabais, M. Renaud!

—No os engañaba! respondió Julio no desdeñandose de justificarse a los ojos del marinero: circunstancias nuevas me han he—

otro y mudar de opiniones.

—Eso no está bien, replicó el gaviero: pero sois libres, y ojalá seais dichosos. Dios os guarde que en cuanto á nosotros, ya sabemos nuestra suerte.

—Y queriais venir á seguir padeciendo.

—Es verdad; mas vale que seamos nosotros. A Dios, Mr Renard, salvad y proteger á nuestros hermanos que mandais en lo sucesivo: esos serán felices.

Corrió sordamente por la chusma la noticia del desembarco de Julio, todos los rostros estaban consternados y el decaimiento había reconvenciones en los ojos de todos.

Mr de la Ruziere le siguió con ansiedad.

Forgeville que tenía pasar con la orden en la mano, se acer-

co rápidamente y le dijo al oido:

¡Visteis que os escupí en la cara! Nuestra expedicion puede durar mucho tiempo, y dentro de pocas semanas un hombre de corazon habria hallado oportunidad para lavar esa afrenta con sangre; si desembarcais, lo sabrá todo

—Hardi de la Riviere: tengo una carta escrita para ella! Desembarcad ahora!

Lanzó Julio una mirada de desafio mortal á su enemigo, y por única respuesta cumplió las orden de desembarco.

El administrador se quedó estupefacto.

—Hardi de la Riviere, le dijo Julio, no volveré á veros, pero creed que no olvidaré nunca lo que habeis hecho por mí. Ofreced mis respetos á vuestra familia; decid á Antonina que su memoria no

se apoderará de mi corazon!

Apretó el joven teniente la mano á Mr. de la Rivière y corrió á su puesto.

—¡Levantad el ancla! levantado, dijo Jouard.

—El ancla levantada, repitió el oficial con una voz que vibraba de cólera.

—¡Izad el foque grande! mandó Mr. de Kergal.

El oficial superior era el único acaso que ignoraba lo ocurrido. Solamente Mr. de la Rivière se alejó un punto y así que su mujer y su hija avistaron á aquel desde la ventana:

—¿De donde venis tan temprano? preguntó la primera. ¿Habeis llevado á Mr. Renaud la orden de desembarco?

—¿Si lo sabes á que me lo preguntas?

¿Otra desembarcado?

No, respondió el administrador.

Pasado Antonino un aquelo chillido y se desmayó: acudieron las muchachas y la trasladaron á su aposento. Cuando volvió en sí amargas reflexiones la acometieron, porque la doncella presagiaba lo que iba á suceder á bordo: ella sola habia adivinado aquel tenebroso misterio. — Mad. de la Rozières por su parte deseaba que Julio no desembarcase, para inclinar á su hija á una boda mas de su gusto.

Despues que marchó la corbeta, la muchacha irritada de la desobediencia de Julio, se mostró menos rebelde á las instancias de Mad. de la Rozières de lo que esta esperaba, y se limitó á pedir tiempo. El mismo administrador no hablaba ya del pretendiente porque estaba pirado

del propio motivo que Julio le habia hecho representar desgraciadamente la orden de desembarco. Asi mientras la Severa se lo alejaba, no se pronunciaba en la habitacion de la colonia el nombre de Julio Bernardo, y por el contrario. Madame de la Peziere se deshacia en elogios de Monte Fitz-Gerald. Todo daba margen á suponer que con el tiempo conseguirian el triunfo las odiosas intrigas de este.

Cuando estuvo la corbeta en plena mar, pensó Julio las consecuencias del arrebato de cólera que le sujetaron á bordo.

— Me he dejado coger en el lazo, decia: el miserable ha aprovechado la natural indignacion de un hombre ultrajado. Es forzoso acabar de una vez. Escribió á su enemigo la carta siguien-

te:

"Hasta ahora os despreciaba, pe-
"ro no os aborrecia; en el dia me su-
"cede lo mismo. Guerra á muerte!
"lo entendeis? guerra sin cuartel!
"vos ó yo no volveremos á bordo la
"primera vez que salgamos juntos"

El grumete llevó este papel, y
trajo la respuesta siguiente.

." Caminemos de lo contrario:
"antes os aborrecia; ahora os despre-
"cio, solo estamos de acuerdo en el
"último punto: guerra á muerte!
"Toda proposicion que me hagais
"con este objeto está aceptada de
"antemano"

El grumete contó á Gaspard
que los oficiales se habian escrito.

— Ojo alerta, muchacho! dijo el
gaviero, andemos listos y dame cuan-
to observes.

— . Mi amo me habia encargado
el secreto, respondió el grumete; pero

yo bien conocia que querian batirme y ahora acaba de ver que la otra vez; por eso vengo á consultaros sabiendo cuanto quereis á M. Renaud.
—Has hecho bien, querido, observó sin alterarse mi antecesor, y cuando nos acerquemos á tierra lo veremos cuidadosamente todavia.
—Ya no temais, dijo el granadero.
Habíase tornado sombrío el carácter de Julio; nadie hubiera conocido en él al joven, al brillante oficial de la primera época de la campaña; ahora estaba pálido, abatido de frecuentes accesos de fiebre: su constitucion se debilitaba notablemente; no dormia porque el odio agitaba sin cesar aquella alma, de suyo tan buena, tan noble, tan amante.
Una violenta irritacion produjera efectos análogos en Wargnolles, á pesar de la perversidad

fría y serena que constituía su carac-
ter. Porque una vez embarcados a bordo,
en aquel espacio estrecho donde ne-
cesariamente teneis que vivir al la-
do de vuestro enemigo, no se parece
en nada al que puede experi-
mentar el corazon humano en
otra parte.

Esta mesa, por ejemplo, te-
nian que sentarse frente a frente
aquellos dos hombres; encontraban-
se a veces sus miradas y rechinaban
los dientes, apretaban convulsiva-
mente los mangos de los cuchillos
y se contemplaban fijamente mi-
nutos enteros. En aquel momento
solia acometer a Julio un acceso
de calentura, y se levantaba de
la mesa trastornado, desespera-
do, casi loco.

A Hargailles le atacaban vo-
mitos de sangre, de resultas de es-
cenas de esta especie; y habia que

sangrarle.

El teniente se habia hecho mas severo para el servicio, aunque justo en extremo con la tripulacion; pero el recuerdo de su felicidad destruida, la presencia incesante del causante enemigo, el afan por el duelo a muerte, habian agriado su corazon. Casi habia olvidado a Antonina y pensaba en su pasion con cierta especie de horror: el odio solamente dominaba en aquel corazon antes tan tierno, tan franco, tan generoso.

Como es de suponer se mostraba inflexible con el alferez. Le interpelaba delante de todo el mundo por la falta mas ligera: le mandaba callar a lo primero; le acosaba, le humillaba; no le dejaba para nada sosiego ni ser tan aborrecido como el aborrecia.

Mr. de Kergal quiso mediar.

Uno de dos, mi comandante, dijo Julio: o soy vuestro teniente y me obedeceis, o me quitais el grado. Me acusabais de ser débil, me he hecho firme. M. Thargelles un criminal y no hago mas que corregirle.

En otra ocasion contestó groseramente el alferez y el teniente redactó contra el una queja por escrito pidiendo su arresto.

Era el gefe demasiado celoso de la disciplina y del buen orden del buque para rehusar; se contentó, cuando salió del encierro Thargelles, con darle algunos consejos paternales, demasiado dulces acaso, pero de todos modos inútiles.

Iba a Pondichery la corbeta donde tenia una mision que la entretendria algunos dias, habiendo de volver en seguida a

Bertin:

Cuando se acercaban a tierra escribió Julio á Vargollos

"He recibido el último, el mas grave de los insultos, así me corresponde la eleccion de armas, de hora y de sitio. Al dia siguiente del en que lleguemos, desembarcaremos á las diez de la mañana, sin padrinos, con dos pistolas descargadas y un solo cartucho. Llamaremos tres hombres del pais que nos escojan un sitio oportuno. Allí, sin que nosotros lo presenciemos, será cargada una pistola y echada la otra. Revueltas las armas, escogereis; me contento con la que quede. A una señal convenida, dispararemos á quema ropa. — El oficial ocupado por vos."

El grumete trajo esta respuesta escrita con lapiz. "Acepto: queda corriente, y nada de cirujanos

mis padrinos". - Nuestro enemigo mortal!

Aquel día, comió Julio con mucho apetito. Tourgeolles se abrazó con el comisario por la primera vez después de tres meses; los otros adversarios se regocijaban al ver acercarse el momento de la venganza.

Al otro día echaron el ancla, enfrente de Pondichéri cuya costa no permite acercarse á las lanchas ordinarias siendo necesario hacer uso de unas embarcaciones particulares, llamadas chelingas que hacen viajes sin cesar para transportar viajeros y mercancías.

Detenian á bordo al teniente las ocupaciones del servicio, mas todos los demas oficiales pasaron á tierra; ninguno sospechaba los siniestros designios de los antagonistas á pesar de su evi-

dentes encerrados; pero el grumete habia hablado con Gausard y estaba alerta.

A las diez de la mañana del segundo dia cuando vió á Julio y á Fangeolles saltar á la lancha con un paquete cuyo contenido adivinó, no vaciló un instante, corrió á la puerta de la cámara grande, y se precipitó en el aposento del Sr. de Kergulsan sin ser anunciado.

— Mi comandante! dijo, el teniente y M. Fangeolles van á tierra á batirse.

El oficial superior no preguntó mas y corrió á cubierta. La lancha estaba ya á alguna distancia.

— A bordo! á bordo! gritó el capitan.

La embarcacion siguió su camino.

—Maestre, dijo M. de Kergal, llamad al punto las barcas.

Tomó un pequeño silbido que debió oírse hasta en tierra. Luego volvió la cabeza y vió al comandante que le mandaba volver.

Hizo virar la barquilla y acercóse á Kergolly:

—Estamos vendidos, dijo en voz baja.

—Lo que se difiere no se pierde.

No era posible desobedecer y cuando saltaron de la lancha, registró el capitan de armas, por órden del comandante, y encontró las dos pistolas.

—Venid á mi habitacion, señores, les dijo.

Échóles allí buenas severas reprimendas, pero ninguno contestó.

Si apreciais vuestra carrera, os mando positivamente que no—

os batais, mientras sirvais á mis órdenes. Si infringís estas órdenes, os entrego á un consejo de guerra con la mencion de desobediencia formal. Vos, Mr. Hargeolles, recordad que atacais á vuestro superior; y vos, Mr. Hernandez, tened en cuenta que sois teniente, y que vuestro primer deber es sacrificar vuestras venganzas particulares al bien del servicio. Guardais silencio, señores; quiero, á pesar de vuestra insensata obstinacion, usar de indulgencia y y no os prohibiré indefinidamente el bajar á tierra; pero os prohibo desembarcar sin mi autorizacion expresa. Respecto de conducta á bordo, ya sabeis las leyes que nos rigen. Marchad, señores, y cuidad que no me descuido.

Salieron los dos oficiales y Hargeolles le dijo á Julio

—Yo soy el mismo: y vos?

— Hasta mañana, dijo el otro:
— Buenas hasta mañana.
— Las mismas condiciones?
— Corriente: siempre.

5.°

Alerta

No se hablaba de otra cosa en el castillo de proa que del desafío malogrado. Fajardo y el grumete andaban listos, y á las once vió este último á Brizeolles entrar en la cámara de Julio; escuchó á la puerta, pero hablaban tan quedo que no pudo percibir nada. Cuando salió el alférez, fingió el grumete que dormía y corrió á dar el aviso al gaviero.

Bien, bien, hijo mio; yo estaré en mi puesto: avisaré á los compañeros y yo no dormiré en hamaca esta noche.

A las cuatro de la mañana subió Julio á cubierta como de costumbre á relevar el puesto. El teniente de navío está obligado á hacer el cuarto del alba, llamado así porque sale el alba en su intermedio.

Habia dormido el viejo y quiso subir á cubierta y uno de sus camaradas le despertó diciendo

— Ahí está ya uno Gaussard, me encargasteis que os lo avisase. — ahora ¿qué se hace.

— Creo que el otro no tardará en asomar; esperemos.

En efecto, poco antes de la hora de zafarrancho, cuando todos dormian aun y un pálido fulgor empurpuraba apenas el cielo, subió Turgeolles y se acercó al teniente.

Gaussard dijo á sus amigos en voz baja.

— ¡Atencion, muchachos, yo mando la maniobra, atacar bien!

— Seras obedecido, replicaron los marineros.

El teniente estaba al lado del gaviero que le dijo:

— Pronto necesitarás una espada, vé á buscarla y vuelve al puesto.

Inmediatamente se acercaba Fargeolles á Lelie, diciendo con voz ronca:

— ¡Ya es hora!

El joven teniente titubeó, porque al fin en aquel instante era no solo desobedecer al comandante, sino desertar del buque en un dia de guerra; pero la incertidumbre fué corta.

— Partamos, dijo.

Dicho esto se deslizó por una cuerda á una pequeña lancha, seguido de Fargeolles. Los dos oficiales desamarraron y precisi los de-

invierno cada uno, empiezan en á bogar vigorosamente.

La fuga de los dos adversarios era el resultado de su conferencia nocturna; Margalles habia decidido á Julio no solo á abandonar el buque sin permiso, sino tambien á partir estando de guardia. Es verdad que antes habia dado al timonero las órdenes por escrito, con encargo de presentarselas á Desbouques, pero este llegó ya tarde pues Mr. Rengal, avisado por Guinard, habia vuelto al puente, dando como la víspera un silbido para llamar á los fugitivos.

Mas estos, viendose descubiertos, remaban con mas vigor todavia y se dirigian al punto de la playa donde estaban las chalupas.

—Comandante, dijo el maestre de cuarto, no hay mejor señal que el que nos quiere dar.

—¡Viva Barcou! exclamó el comandante.

—La una está en la escala dispuesta, dijo Gauvard.

—¡Viva España! gritó el anciano gefe.

Seguidamente le entregó la guía el práctico marino que preparara.

—¡Viva! ¡viva! dijo M. Renyel desde la lancha: ¡derechos á alcanzarlos!

—Ya tenemos mi comandante, cumplirán con su deber.

La barquilla llevaba una ventaja de delantera considerable, y se deslizaba rapidamente sobre el terso elemento: los dos enemigos unian sus esfuerzos, y se alentaban mutuamente para caminar á la muerte, como hubieran hecho dos hermanos para evitarla.

—¡Firme! ¡adelante! ¡Oh! ¡oh! decia Julio.

—¡Ganaremos! antes de dos minutos

alcanzamos una chalinga, se llamaba Hangoelle.

—¿No sería mejor seguir derecho hacia la costa?

—Imposible: zozobraría la barca; se mojaría la pólvora.

—¡Qué lástima que no esté cargada la pistola: nos batiríamos aquí!

—Ya lo había yo pensado; pero se necesitaba un tercero para evitar toda traición.

—Es verdad.

Nada puede imaginarse tan horrible como la sangre fría de aquellos dos hombres, la aparente armonía, la ardiente reunión de sus voluntades, siempre tan contrarias y ahora tan unidas, porque al fin iban a ventilarse su querella.

Alcanzaron una chalinga, y dando un puñado de dinero a—

los indios, los obligaron á ponerlos en tierra y en breves momentos, y así que llegaron:

— ¡Sigámoslos! les dijeron.

— ¡Aquí hay dos pistolas!

¡Y una carabina!

Cebad las dos pistolas:

¡Cargad una al instante! ¡aprisa!

— ¡Pronto!

Los pobres barqueros indios estaban atontados.

— ¡Pronto, miserables! ¡no se os ha pagado!

— Separémonos, dijo Julio á Hargeolles, no iremos á cargar.

Entre tanto había llegado á la barra la barca grande, y los rayos del sol naciente iluminaban la escena que en la costa iba á tener lugar. Veía M. de Kergal á uno de los indios, vuelto de espaldas cargar una pistola después de haber cebado la otra. Veía á

Julio y el Margeolles dan sus instrucciones á los otros dos indios, y á [illegible] se acercaba la chalupa que debia transportarlos al lugar del combate.

Sacó el capitan la espada y, de pié sobre el banco de la lancha, gritó:

—¡En nombre del rey, deteneos!

Pero ninguno volvió la cabeza; el ruido de las olas ahogó la voz de Mr. Kengel.

—Tenemos tiempo, dijo Julio friamente á su adversario.

—Afortunadamente, replicó Margeolles.

—Vamos, esas pistolas!

—Tomad, dijo el indio revolviéndolas.

—¡A tierra! ¡no esperemos nada! gritaba el comandante á sus remeros.

Obedeció el patron y se metió —

extraordinariamente por las barras; la lanchita salvó bien de las primeras oleadas, pero se inclinó a la segunda y zozobró á la tercera. Los dos marineros y el oficial fueron á parar tre-chos, Emilio á la orilla, donde se hizo pedazos la embarcacion.

El anciano comandante tenia aun en la mano la espada desnuda cuando se le vió aparecer otra vez. Jausard y sus marineros seguianle de cerca.

Entretanto que los dos adversarios confiaron en que sus perseguidores esperarian una chalupa para desembarcar, se habian creido dueños del tiempo y continuando su plan con una calma feroz. Cada uno de los testigos indios debia entregar una pistola; pero cuando Emilio y Tulio vieron á la embarcacion aventurarse en la barra, y sobre todo cuando reconocieron á Ilode, Ler-

que, los abandonó su sangre fria.

— Las armas! las armas! gritaron á los testigos.

Estos obedecieron y Julio y Hargeolles cogieron y montaron una pistola cada uno. Avanzaron á pasos precipitados á su mútuo encuentro y parándole cada el cañon sobre el pecho.

Hacíais esperar la señal de fuego! el amigo encargado de dar la consecuencia porque oia á Mr. de Rengal que corria con todas sus fuerzas diciendo.

— Deteneos! deteneos! en nombre de Dios debeis desarmarlos!

— Cuenta ya, miserable! exclamó Julio.

— Yo contaré, dijo Hargeolles.

— Bien; respondió su adversario.

Hargeolles contó: una, dos...

— No dirás tres! gritó Gausarde dándole un fuerte empellon.

Cayó de lado el alférez apretando maquinalmente el gatillo y de-jó salir una bala.

—¡Maldición! exclamó con rabia, ¡lo hubiera muerto! ¡Tengo cerca a su vista! ¡lo quiero!

—¡Silencio, Mr. Hangwell! dijo el respetable capitán de fragata que había detenido su espada entre los dos oficiales.

Julio, aturdido, con los ojos fijos, con la boca abierta, estaba como sin comprender lo que acababa de pasar.

El populacho rugió, los marineros de las chalupas acudieron al [illegible] y contemplaban las caras [illegible] estupefactos como los marineros.

—¡Le he salvado, murmuró Jousard, lo he salvado por una vez!

—¡A sus chalupas, y marchemos! dijo el comandante Mr. Renaud.

marchad adelante... ¡Ah! Wangeelle, segundo, Guimard, mano de la larga!

Cuando volvieron a bordo, la tripulación, compuesta en forma de cubierta, suspendió su trabajo, lleno de curiosidad. Recibió en la escala al comandante, cuyo uniforme venía empapado de agua.

¡Llamad al capitán de armas! dijo el oficial superior, cuyas miradas pasaban alternativamente de Lecho á Wangeelles.

Estaba el primero pálido, trémulo como un ahogado; la fiebre helaba sus miembros. Guimard y el grumete le sostenían; sin ésto le habrían caido redondo sobre cubierta.

Wangeelles estaba lívido; giraban los ojos en las órbitas y se inyectaban de sangre. Un sudor abundante corría de su cuerpo,

contrayéndose su rostro como el de un hombre atacado de hidrofobia. Di- ce todo en un minuto, se tambale- ba con estremecimientos.

Presentado que fue el capitan de armas, le dijo el comandante.

Vaya V. a conducir a estos señores a sus camarotes respectivos. Pon- drá V. un centinela a cada puer- ta con la prohibicion espresa de dejarlos salir por ningun pretesto.

Me entregará V. sus espadas, por- que deben considerarse presos has- ta nueva órden. Será necesario lle- var en brazos al Delio que se ha- bia desmayado.

El capitan de armas y el en- fermero dieron el brazo al Sr. Angeles.

M. Dubagues, prosiguió el co- mandante, mandad limpiar el puente y tocar asamblea.

El cuarto de hora habia si- do dado a reconocer como teniente

el alumno de marina, para que fuese observado en todo lo que concerniese al servicio.

Los demas alumnos fueron puestos a disposicion de las obras graduados, y el servicio siguió su marcha acostumbrada.

D. Carlos entonces no bajó el apor-te a su habitacion; y cuando se vió solo, cuando le obligó el deber a mostrarse impasible y frio como los justicieros, llegó para el alma momento de supremas reflexiones.

¿Qué haré, Dios, cual es mi deber, así de oficial como de caballero y de hombre? ¿Entregaria a las revoluciones, como permitiera, a un tribunal marcial? La verdad es que por mas que diga Hargealles, noto en Julio un fondo de lealtad innegable. Hasta la desercion tiene excusa en el presente caso, pues no es accion de un

hombre desgraciado, hijo de un oficial que obtuvo sus charreteras, su rango, su posición tal vez por haber [illegible] de hombre á hombre [illegible] [illegible].

—Nunca ha habido en mi vida, con relacion á un oficial superior, en que yo tambien hubiera menos frecuente la disciplina, ni me [illegible] por un insulto. ¿De parte de quien está la culpa? Lo ignoro. Si yo hubiera accedido al desembarque del teniente cuando lo solicitó, estaría en tierra á esta fecha, lejos de un enemigo que mucho me teme ahora. ¿Qué soy el verdadero culpable?

El capitan de fragata recordaba entonces mal las insinuaciones de [illegible] contra su adversario y las veía bajo un color muy distinto, pero [illegible] en verdad para el [illegible].

— Conociendo el contrario, prosiguió, siempre ha guardado generoso silencio. ¿Solo en esta última temporada, recuperando quizá, ha usado de su autoridad con rigor, cuando acaso ya estaba presenciando el lance?

Como contrapeso á estas consideraciones favorables al teniente, venía el recuerdo de la amistad que profesaba al padre de Hargeolles.

— ¡Ay! decía M. de Kerzal, la casualidad de una orden de embarque trae á bordo de mi buque al hijo de un antiguo hermano de armas, de un camarada que en el espacio de quince años ha perdido su buena fama, la fortuna y yo había de causar á este amigo el mas amargo dolor! Yo tambien soy culpable por mi falta de prudencia.

Despues de una multitud de senti-
mientos encontrados, no hemos visto que exis-
tia entre ellos un odio mortal? ¿Se-
de pudo abultarse las tempestades, ha
establecido y [illegible] de oponer
obstaculos importantes, ni fuerzas que
destruirlas? La ambicion, o
la [illegible] natural en la naturaleza
humana: ¿algun dia llegará a pe-
gar en vida que le importa una [illegible]
cion? ¿Ha sido motivo [illegible]
o fuerzas [illegible] por la exigencia
de un simple marinero, han sido por
una multitud de circunstancias a-
[illegible], mas para lo que hubiera conve-
nido unanimemente. Cuando podia
[illegible], no ha contentado con
[illegible] y [illegible] amenazas, y aho-
ra habia de entregar [illegible]
a un consejo de guerra [illegible]
les apreciables?

Tales eran los pensamientos de
Abdel Kerim cuando entró el ca-

pitan de armas a entregarle las esposas.

—Es menester que os informeis de las causas de este desafio y de los precedentes. Interrogad a la Trapelliere, a Guerard; a los criados. Mostrad lo que alcanza vuestro celo, vuestra inteligencia, que bien pudiera haceros recomendaciones por mal uso de la policía: todo debiais haberlo sabido por vos.

—Comandante, mi influencia cesa al llegar al castillo de popa; no tengo entrada en el cuadro de la plana mayor; vigilo y examino toda la gente, que es mi oficio, pero......

—Basta, interrumpió el capitan, ya habeis oido mis órdenes.

—Las cumpliré, contestó el otro retirándose.

A los pocos instantes se oian

ció el cirujano, y cuando hubo entrado, lo cerró. M. de Herzog la detuvo en el descanso, y le preguntó el objeto de su visita.

—Los señores Reinaud y Fargeolles, dijo el cirujano, se hallan en un estado alarmante; el teniente tiene una fiebre ardiente, delira y llora; no habla nada, el pulso es irregular: acabo de recomendarle á los cuidados de esa mujer que ha solicitado sustituir al enfermero. Es [illegible]. M. Fargeolles á quien acaba de hacer [illegible] una sangría: le están aplicando sinapismos para moderar los frecuentes accesos de fiebre que le acometen. Ha estado algo más sereno, aunque ha querido dos ó tres veces arrojarse de la cama.

M. de Herzog bajó hacia el departamento del cirujano mayor, y vió á las puertas de los enfermos

dos centinelas armados. Desbague y el impasible comisario, atemorizado de esta escena temió que recordara haber tenido un papel en lo sucedido, estaban encima con las armas al rededor de la mesa de oficiales que oian acercarse las vociferaciones de los pacientes.

¡Romand, me perteneces! decía Rabot: Vinagrettes, tu cuerpo es mio, quiero beber tu sangre! soltadme! soltadme! el infierno! muera el teniente! muera el infame! estaba de acuerdo con Boussard!

Salió por su garganta escala las quejas ahogadas roncas, e ininteligibles.

Y los dos, abatidos, jadeantes, caen sobre sus lechos y en silencio horrible siguen a sus imprecaciones.

5°

El Hospital

Cuando entró el jefe en el cuadro de las salas mayores, todos los concurrentes se levantaron respetuosamente y presentaron las armas. Precedido del brigadier mayor, entró primero en el cuarto de Julio. [illegible] y el enfermo estaba á la [illegible] y le presentaban una bebida calmante que el enfermo tomaba en medio de su delirio.

— Sí, decía el enfermo; no vayas á decir á Antonio que me ha muerto.

¡Está bueno! la cama [illegible] hecho! Cuántos que me han quedado en [illegible], quién sabe. ¿Oyes? es la campana que pasa; en [illegible] los curas cantan: Requiem æternam dona eis, domine.

—¡Silencio! gritó Hargoelles desde su cuarto; vaya á ver [illegible] contento. ¡Una, dos, tres, ah! ¡ah! ¡ah!

Este cansancio ... rabia interrumpió el criado de Julio y le hizo exclamar:

—¡Tomé porque me ha muerto! ¡Pero no será tu remiendo de camisa! ¡Ves, pusiste, miserable!... ¡Acaba de ver el consejo de guerra! Te verás fusilado.

—¡Buena habla de consejo! saltó Hargoelles; ¿quién habla de fusilamiento?

Haciendo un esfuerzo desesperado, se arrancó de su cama; se escapó de los brazos de su enfermero, empujó á los dos centinelas y entró como frenético en la cámara de Julio á quien quiso coger de la garganta.

—¡Ah asesino! gritó este, y

trabaron entre los marineros una lucha horrible desesperada.

Diez personas fueron necesarias para sujetar á Fierpolles y conducirle á su lecho, donde permaneció sin sentido largo espacio, mientras que Felix proseguia contento sabiendo los quehaceres de las maniobras con general alborozo.

— Mi comandante, dijo el cirujano á Mr. Hersal que estaba consternado, es absolutamente necesario aislarlos. Si lo permitís, en la bateria armaremos una tienda provisional para uno de ellos. Estas habitaciones carecen del aire necesario, y deseo que el otro pueda ser conducido á la toldilla.

— Os autorizo para todo, dijo el gefe retirándose con el corazon oprimido.

A los pocos dias, se hizo la fragata á la vela para volver

á la vista de Borbon.

En la travesía ocurrieron multitud de escenas del mismo género. Aunque separados, los dos enemigos sentian que estaban á bordo del mismo buque y eran inútiles todos los cuidados del médico. Apenas conseguia calmar el frecuentemente furor de sus pacientes, el mal moral los volvia á un estado de demencia ó de furor; apenas se disipaba la alucinacion de un espíritu cuando la realidad desgarraba sus heridas y el odio y la venganza recobraban su imperio. Oprimiendoles los pensamientos mas negros, la fiebre se declaraba otra vez, y conforme se aproximaba el término del viaje, eran mas terribles y frecuentes los ataques.

Quisieron hacer creer á cada uno que su adversario habia

encumbrado: pero no produjo
efecto esta estratagema, porque
temían que hubiesen visto el Ca-
pitán del honor que se disparó
por un oficial muerto en alta
mar. ¿Entonces por qué no se les
permitió venganzas del hecho?

Después de muchos combates
interiores, había resuelto Abdel
Hergal no dar su queja, y aguar-
dó un largo intervalo del
Tibi para comunicarle sus deter-
minaciones.

Señores, mi comandante, dijo
el oficial, os doy las gracias; me
voy muy tranquilo sabiendo
que no me espera el suplicio
de la ley. Moriré, sí, es necesario,
mucho por no haber podido
conquistaros, ni poder haceros
feliz: porque ¿cómo me es posi-
ble cruzar el bravo camino con
hombre que tiene derecho a mi

roto? — Si pertenece, mi commandante, tiene razon en decírlo.

— No os aflijais de esa suerte, hijo mio, contestó el anciano marino, nuestra existencia solo pertenece á Dios y á la patria. Calmaos, restableceos y os reconciliaremos.

— ¡Imposible! exclamó Julio.

El delirio le asaltó de nuevo á la sola idea de una reconciliacion.

— Me ha calumniado, me ha insultado, me ha escupido á la cara! añadió llorando como un niño.

Si habia algo mas triste que la desesperacion del joven teniente en sus horas de sano juicio, era su debilidad en el momento en que le abandonaba la razon.

Cuando el comandante —

anunció igualmente á Frangeulles que no le entregaría á un tribunal marcial.

—Y ¿M. Renaud? preguntó el abate.

—Tampoco.

Mejor quería que fuera juzgado, replicó el oficial, porque al menos moriría degradado, deshonrado, envilecido.

—Vos, Frangeulles, lo seréis al mismo tiempo.

¡Qué importa, bah! respondió el otro sordamente.

Los accesos de Frangeulles no se parecían á los de Thulio. Sin llorar ni desesperarse frenético, permanecía durante horas mortales de insomnio, y otras veces se creía correspondido.

Muchas veces salió el facultativo de su estancia aterrado por las blasfemias inauditas que vomitaba.

Cuando llegaron á Borbon parecian dos espectros Julio y Fongeville. La travesía fue un drama continuo que debia resolverse en el hospital de San Dionisio, adonde los dos amigos fueron conducidos uno tras otro en el mismo dia del anclaje.

El alferez, [illegible], fué conducido en compañía del cirujano mayor; cuando le bajaban á la chalupa, se volvió hacia la tripulacion.

—Odio y anatema sobre vosotros todos! Ojalá se estrelle el navío! ojalá ni uno de vosotros vuelva á ver el puerto!

Tal fue su despedida, que escucharon los marineros con indiferencia y disgusto.

Pero cuando Julio Renaud, pálido como un cadaver, se ha-

llo después en la misma situación, cuando le vieron pasear sus ojos apagados sobre la gente, oprimiéronse todos los corazones con dolorosa conmoción.

Hicimos un llamamiento a la marinería: debemos dejarle desembarcar. ¡Pobre oficial, era un buen amigo!

Vióse entonces aparecer al Guisard que apenas pusiera los pies en el puente desde la salida de Pondichery. Apretó la mano en silencio a sus mejores camaradas y siguió con el grumete al desdichado teniente que quiso mover los brazos en señal de despedida.

Los marineros se descubrieron mientras que corrían gruesas lágrimas por sus tostados rostros.

Nadie reparó en el pobre

gruñidos porque la atencion estaba fija en su amo, pero el infeliz estaba harto cansado. Su fisonomía risueña, su vivacidad infantil, sus frescos colores se habian convertido en palidez mortal, en sombría tristeza.

Partió la chalupa por segunda vez y la tripulacion la siguió con la vista hasta que hubo llegado á tierra.

—Era un digno joven! dijo el comandante, á quien el capitan de armas revelara todo lo que era posible saber sobre las relaciones pasadas, la rivalidad y el odio recíproco de los dos oficiales.

En el hospital fué colocado Harguelles en una sala y Tubió en una pieza reservada: á cada uno se le dió á en-

tender que su enemigo quedara á bordo.

Simultaneamente se notó en Pargentlles una mejoría notable. Por lo que toca á Julio, no deliraba ya; pero sus fuerzas eran débiles, tenía palpitaciones de corazon y punzantes dolores de cabeza; parecía enteramente agotado el resorte de la vida.

Sansirolé y el grumete habían conseguido permiso para continuar sirviéndole de enfermeros: ayudaban en sus tareas á una hermana de la caridad que se esforzaba en desarraigar de su corazon el odio que le minaba.

Julio se sonreia dulcemente por agradecimiento, pero luego fruncia el ceño y tornaba á caer sobre la almohada.

Conoció el grumete que solo

con tremendo temor esta terrible dolencia moral, y corrió á casa de los Barreros. El rumor de la catástrofe circulára ya por la villa, y cuando se presentó el guardianete, le interrogaron con afan el ladron más traidor y perjuro.

—Venid á verle, señoritas, dijo riendo á tranquilizarlas: mi pobre amo está en el hospital [illegible].

No pudo proseguir porque los sollozos le ahogaban.

Antonina volvió la cabeza á mirar á su madre como diciendo: ¡ved lo que habeis hecho! Esta reconvencion muda demostraba que el amor de la doncella á Julio prevalecia sobre todas las sugestiones contrarias. Con los ojos arrasados en lágrimas rogó á Mª de la Ri-

pero aquella ternura no era del que conocíamos que se iba.

Mad. de la Rivière no tenía esperanza alguna: la pobre mujer estaba sinceramente afligida por lo que había sucedido, y llamando al comandante aparte le preguntó tristemente por M. Frangolles.

— Mr. Frangolles, replicó el comandante no es peor y creo que está en la sala; pero ¡Dios libre á ninguna mamá de que suceda!

¿Pocos días después y sus hijos, mejorados por el momento, Leonardo ... al hospital y otros á alguna distancia fue también Mad. de la Rivière.

Un nuevo frío corrió por los miembros del joven teniente cuando entró Antonina en su habitación!

— Perdonad, señorita, exclamó,

venia á echarme en cara mi desobediencia, mal partidario del Borbon!...

Yo vengo á dirigiros recomendaciones, señor Julio, vengo á rogaros y consolaros.

— Ah! ¡sí! señorita, mi amiga Encomendad el cuidado de Antonia y seguid a ... vos sola podeis salvarle.

Ya estais en tierra, amigo Julio, dijo el administrador; no perdais la esperanza, ni vuestros amigos su amparo.

El oficial se sonrió dolorosamente, y Antonia le comprendió.

— Qué! no teneis ya esperanza? por amor de mi Julio, yo os suplico que espereis! Dios mio! apiadaos de nosotros!

Solo Hernando no cuidaba de ello, se inclinaba á menudo á observar al moribundo porque veia que se acercaba la hora: apenas se-

percibia el pulso irregular. Por un[illegible] mujer hizo por fin un esfuerzo y dijo á Antonina:

—Decidle, señorita, á que convenza á su padre, á su compañero; si tenia alguna compasion de él, combatir su obstinacion. Si aceptaba la bendicion de Dios, el reposo del alma podria producir la reaccion del cuerpo.

El doctor, que se hallaba presente, confirmó estas palabras, y entonces tuvo lugar una de esas tiernas escenas que es preciso renunciar á describir: Antonina suplicaba á Julio, le suplicaba llorando que desistiese de la idea fija que le asediaba, que olvidase sus crueles pensamientos y abriese su corazon á los sentimientos mas dignos. Hablaba con tal calor, con tan penetrante dulzura que todos los circunstantes lloraban.

Vencido al fin por tan tiernas

contorsiones, incorporóse Julio y exhaló un grito diciendo: ¡Perdono!

—Listo fuera porque entonces el pellejo, murmuró Fousseret; diría yo que todo eso es una pamplina. Perdones para Cura de Hierro. Yo se los daría, con un remo en la cabeza. Afortunadamente en el infierno hay un diablote que entiende de estas cosas y que le espera por su cuenta!

Entró el capellán y le dejaron solo con el teniente.

Entre tanto, Mad. de la Rivière había resuelto á hacer una visita á los enfermos. Condújola primero á la cabecera de Fougerolles, oyéndole decir á Julio con rabia, porque el carácter de su enfermedad era una exasperación febril y biliosa. Mad. de la Rivière, naturalmente buena y sensible á pesar de sus defectos, se escandalizó de la maldad, de la bajeza, de la crueldad que

revelaban las palabras del alferez, se levantó indignado y fué á buscar á su hija á la habitacion de Julia.

Despues que salió el sacerdote, todo el mundo rodeó el lecho.

¡He perdonado! bien, estoy contento, porque muero, decia el oficial. Adios, amigos mios, adios! Antonia, adios. Al menos habré cumplido uno de mis juramentos, el de amarla hasta mi último suspiro. Bajó entonces la cabeza y se quedó sin movimiento. Juana corrió á dar un abrazo á la desconsolada amante.

¡Muerto! ¡muerto! gritó Gaucourt, corriendo por todo el hospital como un loco. Se paró delante de la cama de Bourgeolles y le dijo con tono feroz y con acento de amenaza: Ha muerto, lo entendeis?

— ¡Maldicion! exclamó el alfé-

vez; ha muerto, y ha sido por mi mano!

Precipitóse sobre el lecho con fuerza sobrenatural, haciendo retroceder de espanto al hechicero; pero en el movimiento mismo cayó sobre aquel cadáver, ahogado por una vómica de sangre.

Fausard se quedó petrificado contemplando un rato el inmóvil cuerpo hasta que al fin se rindió convencido.

—Bueno! Fausard, dijo, no desesperes... Mi Julio vive todavía, no era más que un desmayo. La señorita ha vuelto otra vez porque la he llamado.

—Oh! exclamó el [illegible] trémulo de alegría, vive todavía, mientras digo: Dios es bueno!

Madama de la Rivière estaba á corta distancia junto al lecho del Julio contemplando un momento la hu—

das.

—¡Vivido, teniente, vivido! dijo Guimard desde la puerta; el otro es el que está muerto y bien muerto.

Julio entreabrió los ojos. Había perdonado solemnemente creyendo su fin seguro; pero había consentido en morir, no en vivir con otro. Desde entonces podía hacerlo, y esta noticia alivió su pecho de un peso enorme, dejándole respirar más libremente.

Antonieta estaba al lado de su madre, que asió su mano y la unió con la de Julio. Un ligero carmín coloreó las mejillas del joven que revivió de nuevo, mientras que todos lloraban de gozo y enternecimiento.

Pocos meses después asistía el comandante de Kergat a la boda del joven oficial, cuyo padrino era Desbarques, nombrado general-

[illegible]. Hasta la tripulación celebró con mil bromas el enlace de su teniente con Antonina; y sucedió después..... lo que sucede siempre a las personas que se casan a gusto suyo y a gusto de las personas que los rodean

Fin.










332
204